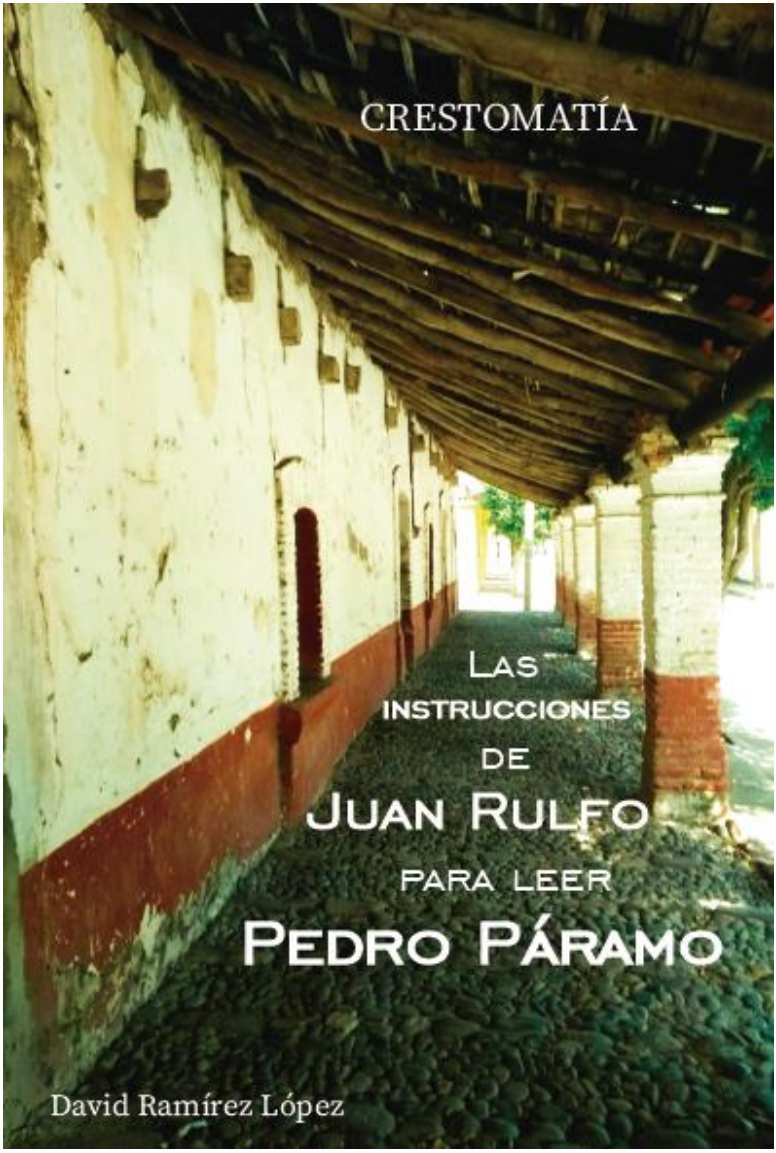
CRESTOMATÍA
LAS
INSTRUCCIONES
DE
JUAN RULFO
PARA LEER
PEDRO PÁRAMO
David Ramírez López

D.R. © 2018 David Ramírez López
Derechos reservados conforme a la ley.

Foto de portada: Apulco, Jal., México
con permiso de Heroína Geraldo Hirales

Diseño de portada: Elisa Ramírez Geraldo

David Ramírez López
Contacto: dramlop@hotmail.com
México

Impreso en México.

Crestomatía

LAS INSTRUCCIONES DE JUAN RULFO PARA LEER PEDRO PÁRAMO

David Ramírez López

A mi esposa Pury,
y mis hijos
David Ricardo, Leonardo, Horacio, Elisa,
y mis nietos David Lionel y Andrés Nicolás

Juan Rulfo

HABLÓ POCO; ESCRIBIÓ MENOS; DIJO MUCHO.

¿Por qué ese recordar intenso de tantas cosas?
(*Juan Rulfo, Pedro Páramo*)

Comala es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todas las personas están muertas.
(*Revista Siempre! La cultura en México, 15/VIII/73, entrevista a Juan Rulfo)*

Yo soy un hombre triste por naturaleza.
(Revista Proceso, Cien años de Juan Rulfo, 2017, entrevista a Juan Rulfo)

El escritor escribe mentiras. Trabaja con la imaginación, y su trabajo es crear a través de la imaginación una realidad que aparenta ser real, pero es mentira.
(*Gazarian, G. K. y Contreras M., S. S., Juan Rulfo)*

ÍNDICE

Prólogo, 9
Nota del Autor, 13
I. Semblanza de Juan Rulfo, 15
II. Instrucciones de Juan Rulfo para leer Pedro Páramo, 24
III. Portarretrato de Pedro Páramo, 30
IV. El uso del símil y las oraciones comparativas, 37
V. Erotismo, sensualidad y promiscuidad, 49
VI. Dos frases borradas, 60
VII. La religión, 61
VIII. La poesía en Pedro Páramo, 72
IX. Figuras retóricas y de construcción gramatical, 103
X. Juan Rulfo y el asesinato, 109
XI. Letanía de los politicastros, 113
XII. Respuestas, 116
XIII. Epitafio, 117
XIV. Glosario de Pedro Páramo, 118
XV. Bibliografía, 130

PRÓLOGO

Al terminar de leer el libro que escribió David Ramírez López sobre Rulfo no pude evitar pensar en “Pierre Menard autor del Quijote”, no porque David haya tenido la insensata idea de volver a escribir Pedro Páramo como la tuvo el personaje de Borges con la novela de Cervantes; sin embargo, tal vez pueda afirmarse que toda lectura de una obra implica volver a escribirla frase por frase y palabra por palabra y en este libro asistimos a un ejercicio de lectura que nos remite una y otra vez, literalmente, a las frases con las que Rulfo construyó su gran obra. Leyendo a David Ramírez, entonces, volvemos a leer Pedro Páramo.

Ahora bien, ¿qué hace este hombre apasionado de la obra de Rulfo? ¿Qué nos propone? ¿Cómo nos relaciona con esta novela tan enigmática, tan poética, tan llena de sentidos? Con un guiño humorístico parece sugerir que nos dictará un verdadero instructivo para leer a Rulfo y el lector no puede menos que detenerse a preguntarse si en serio se necesita tal guía didáctica. Conforme nos adentramos

en el libro escrito por David constatamos que no hará tal, por lo menos no en el sentido estricto de la palabra, sino que nos obligará a volver a leer a Rulfo. David entresaca una multitud de frases de la novela, las ordena de un modo diferente y hace que resalten, nos fuerza a detenernos en ellas, en el brillo de cada palabra, en sus resonancias. Por esto es que presenta su libro como una crestomatía. Sí, eso es, pero no es un rosario de citas al azar, sino que tienen un nuevo orden y en este hallar nuevo acomodo se relacionan de manera productiva unas con otras.

Y ¿quién es David Ramírez López? Pues uno debe contestar simple y llanamente con una respuesta contundente: es un lector, ni más ni menos. No es un profesional de la crítica literaria, no ha ejercido la docencia ni ha publicado otros libros sobre el tema ni artículos en revistas especializadas. David Ramírez, fue funcionario en diversas instituciones públicas del país, maestro de materias relacionadas con la economía en dos universidades del país, pero sin duda es un lector como los de antes; él no pretende traducir el lenguaje del arte a otro menos agraciado y más oscuro. David deja que Rulfo hable y que nos vuelva a hablar y en este ejercicio el autor nos recuerda que la literatura es un bien común, es un legado que nos pertenece a todos. Cada vez que un lector abre las tapas de un libro se inicia la magia de la comunicación, de un diálogo que ya no se detendrá y que suscitará otros y otros. Cada lector hace suyo el

libro que lee y se lo apropia de acuerdo con sus capacidades, con su experiencia, con su sensibilidad. Por lo demás, David nos recuerda con su trabajo que la obra de Rulfo está más viva que nunca; los profesionales de la literatura no han logrado congelarla en el monumento de los clásicos que dan miedo y ya no se vuelven a leer. Rulfo resiste y permanece vital, patrimonio de México, pero también del mundo.

En un lenguaje llano, sin recovecos, lejos de los tecnicismos, David nos presenta una organización de los ejes de sentido en los que se organiza Pedro Páramo, como el erotismo, la religión, el discurso de los políticos, pero también reconoce y nos hace un recuento de algunas de las formas de construcción gramatical y retórica tan importantes para entender el estilo de Rulfo, como las constantes comparaciones, y otras figuras retóricas a las que apela.

Una cosa que es muy clara en este trabajo es que su autor leyó desde la empatía la obra de Rulfo y la leyó también desde un sentido de pertenencia al mundo que se recrea en la obra –de ahí proviene David y toda su ascendencia, Colima, Jalisco–. Y desde ese conocer por experiencia propia y vital el horizonte cultural en el que la obra arraiga, puede explicar en el glosario que ofrece al final el sentido de algunas palabras que quedan oscuras para algunos lectores de Rulfo. Con su trabajo nos refrenda la importancia de

la literatura para la vida y ofrece este esfuerzo de organización para los jóvenes que se van a iniciar en el arduo oficio de vivir y en el placentero mar de la lectura.

Febrero 2019

Martha Elena Munguía Z.
Universidad Veracruzana
Xalapa, Veracruz.

NOTA DEL AUTOR

Este libro no está dirigido a los especialistas. Es para el público lector que por primera vez se acerca a la obra de Juan Rulfo, y a los estudiantes que lo contemplan en sus planes de estudios de preparatoria.

Son puntos de vista como yo veo y siento la novela de Pedro Páramo. Todo es de Rulfo. Lo poco mío se entrevera, pero casi ni se nota. Entonces quedó un Rulfo muy personal. Y es, ante todo, una guía para iniciar estudios futuros con más profundidad.

Me daré por satisfecho si logro que ambos, el público y los estudiantes, no deserten en la primera lectura de Pedro Páramo, de las tres que recomienda Rulfo. Y en la medida de sus gustos literarios, puedan disfrutar las dos lecturas restantes.

Yo confieso que sí hice las tres lecturas, pero muy distanciadas en el tiempo. La primera fue en preparatoria; después, a los treinta años y la tercera

cuando entraba a los sesentas. Y puedo decir, que la última la he disfrutado más.

Contraviniendo las instrucciones de Rulfo para la lectura de su obra, he incluido el capítulo Glosario de Pedro Páramo sobre términos, nombres y su significado, lugares, flora, fauna, etc., como material de apoyo para el lector.

Juan Rulfo inmortalizó a Comala.

Creo que debería ser rebautizada con el nombre de *"Comala de Páramo"*, como propuso acertadamente en una reunión de escritores Fernando Benítez, quien fue uno de los primeros comentaristas de la novela.

I. SEMBLANZA DE JUAN RULFO

Quien inmortalizó a Comala, dos ciudades le disputan su lugar de nacimiento, como al gran griego, Homero. Surgió de una familia adinerada de hacendados. Pero la revolución y diversos acontecimientos trágicos lo arrojaron a la pobreza. Dijo: "*Soy hijo de hacendados. A nosotros la Revolución nos quitó la tierra, pero nos hizo burócratas*". Vino a este mundo en el año que azotó la fiebre amarilla al país y cuando se promulgó la constitución política. Quizá oyó los zumbidos de los 30-30 y los rifles máuser en el cálido vientre maternal. Las balas quebraban el silencio de las noches cálidas de la provincia. Eran tiempos violentos. Flotaba el olor a pólvora y los balazos se desparramaban como ríos de agua.

Nadie conoce dónde nació. Unos dicen que en el lugar del agua estancada; otros dicen que en el lugar de las moscas. Nos jugó una broma. Nunca lo dijo. Lo bautizaron con un nombre que no hubiera sido

recordado por la humanidad, de tan largo que era. Prefirió, a sugerencia de un tío, acortarlo; y pudo haber quedado más fácil de recordar en J. Rulfo, como el escritor estadounidense O. Henry. Tuvo una educación en un ambiente familiar católico. Fue bautizado y confirmado; hizo su primera comunión y se casó por el rito católico. Su casa estaba enfrente del curato del pueblo, cuando de niño vivía en San Gabriel, Jalisco. Oyó el repicar de las campanas tres veces al día, y cuando tocaban para cortejo fúnebre. Una vecina decía que de chico era muy llorón y huraño; silencioso, reservado. Prefería aislarse. Lo taciturno fue herencia de su madre, quien falleció cuando él tenía casi diez años. Quedó huérfano de ambos padres a temprana edad junto con tres hermanos más. Tuvo una infancia infeliz, casi traumática. Pero salió adelante. Dicen que los viernes iba a la iglesia a entrar de rodillas; era el día dedicado al Señor de Amula, patrono del pueblo. Y que se divertía empujando a quien iba delante de él. Y le daba mucha risa cuando se iban de bruces. Con sus pocos amigos del barrio de La Alcantarilla le gustaba jugar al tepalcojote, pero siempre perdía. Así lo cuenta Blas Galindo, su amigo de niño. También se aficionó al juego de la matatena y damas chinas, éste lo jugaba aún adulto. Sus ratos de calma los pasó en el colegio de las monjas josefinas, católicas, donde inició la primaria. La escuela era de un ambiente cálido, de afecto, dulce. Le tocó toda la cristiada. El

pueblo no sabía a quién temerle más, si a los soldados del ejército, a los rufianes, o a los cristeros. Todos eran "comevacas", muertos de hambre que entraban a saquear a los comerciantes y agricultores del pueblo; a robarse y violar las muchachas. La familia que los recogió emigró del pueblo. No era un lugar seguro, por el momento. Hasta el cura del pueblo, el padre Monroy se fue a la cristiada. Pero tuvo el gran acierto de dejar los libros que almacenaba en el curato, para resguardarlos en la casa de la abuela. Fue el alimento espiritual en el que abrevó Rulfo. En Guadalajara terminó la primaria en el colegio Luis Silva, que era como la correccional; disciplina dura, casi militar. Camastros de petate para dormir en grupo. Baños de agua fría a las cuatro de la mañana y rezar el rosario a las cinco. Comida mala. Y hasta las sobras de un restaurante del centro que regalaba al colegio, que era lo mejor de la semana. Severos castigos corporales. Dijo Rulfo en una entrevista televisiva en España que aquí aprendió una sola cosa: "*a deprimirme*". Y la padeció toda su vida.

Ingresó al seminario de la ciudad. Estudios de teología, raíces greco-latinas. No tenía muchas opciones de continuar sus estudios. Aguantó poco. Abandonó a los tres años cursados. Más disciplina y mala alimentación. No tenía vocación para cura, ni maestro ni abogado. Fue rechazado en la universidad, aunque había estado de oyente en la escuela de filosofía en Mascarones, por San Cosme. No

concluyó la licenciatura. Se defendió con lo estudiado en el seminario. Tenía bonita caligrafía, letra menudita. Era obsesivo con el uso del sustantivo; evitaba al máximo usar adjetivos. Tenía predilección por la metáfora, el símil y las oraciones comparativas en modo subjuntivo. En el *Pedro Páramo*, usa estas figuras retóricas más de cien veces. En toda su obra nunca citó frases en latín o griego.

Ya traía un hervidero de sufrimientos. Se le endureció el carácter. Era bajo de estatura, delgado, manos suaves y pequeñas y de ojos melancólicos. Era muy acedo en su trato directo; y cojo de alegrías. Era adicto a la coca-cola, al cigarro y al dominó y no los soltó hasta su joven muerte. Practicaba el arte de la mentira, para escapar de toda investigación de su vida personal. Algo críptico y sardónico. Mascullaba las palabras. Sentía pánico volar en aviones. Contaba Ramón Xirau, en un vuelo largo a Sudamérica, ya en pleno vuelo, cada diez minutos Rulfo le decía a su compañero de viaje, "*abajo hay un camposanto*", y así hasta el final del viaje. Su amigo sonreía con indulgencia.

La vida fue dura con él, lo apretó duro. Mejor trabajar en lo que fuera para ganar dinero, a lo que saliera para comer. Desempeñó trabajos simples, ordinarios, desde agente de ventas, empleado burócrata en el gobierno federal, llegando a subdirector de impresión en el Instituto Nacional Indigenista, donde trabajó por

más de veintitrés años, logrando una modesta pensión. Le pasó lo mismo que a Herman Melville, el gran escritor estadounidense, cuando fue empleado en la aduana de Nueva York después del fracaso comercial de la obra maestra *Moby Dick*. Se aficionó a la fotografía. Compró una cámara Rolleiflex. Le ha de haber costado un ojo de la cara, y hasta faltar el pan para la familia en su casa. Gastó mucho en la fotografía.

Tuvo una experiencia traumática en un proyecto de desarrollo hidráulico nacional, en la cuenca del río Papaloapan. Fue un rotundo fracaso este plan. Echaron a más de cuarenta comunidades indígenas, para reubicarlas por afectación. Sus costumbres, tradiciones, modo de ganarse la vida (eran agricultores, y los convirtieron en pescadores), fue terrible, un genocidio, no sabían el impacto terrible de estas consecuencias en toda la cultura indígena. Había participado de lo más granado de los profesionistas, dizque visionarios y promotores del desarrollo nacional y regional. Hasta ellos mismos se anonadaron. Dejaron pueblos fantasmas por doquier; un brumoso escenario a la rulfiana. Inclusive los lugares afectados fueron hasta los sepultados por millones de toneladas de agua. Los arrasó un diluvio.

Dejó este trabajo. Con su esposa Clara, quien fue su primera novia y había conocido en Guadalajara, procrearon cuatro hijos; tres varones y una mujer.

Con un efecto múltiple pitagórico, a los tres hombres les pusieron el nombre Juan. En sus ratos libres empezó a escribir para "llenar su soledad". Compró una máquina Remington Rand 17, cara en aquel entonces, que impactó en sus ahorros. De ésta salió como pan horneado el *Pedro Páramo* y otros escritos. Intimó con su amigo Efrén Hernández, quien fue compañero de trabajo, y se iban a tomar unos tragos de whisky y a fumar en la casa de él; y a escuchar música; hablar de cine. Él fue el primero que supo que escribía y, gracias a su terquedad, lo motivó para publicar algunos cuentos en la revista América. Y después lo apoyaron, Arreola y Alatorre, en las revistas Pan y Dintel. Logró una beca en el colegio nacional, en dos ocasiones. De ahí salió la obra maestra Pedro Páramo. En la presentación de sus avances mensuales, el comité de supervisión lo destrozaba con saña, y salía deprimido a más no poder. Pero salió el libro. Hubo alientos y desalientos. No lo entendieron. Fue audaz. Él apostó a dos cosas fundamentales. Tomó el tema del campo cuando ya se estaba escribiendo mucha novela urbana. En la estructura siguió, aunque él siempre lo negó, a William Faulkner en sus obras *The sound and the fury* y *As I lay dying*. Y para el ambiente, tomó de Knut Hamsun, *Hambre*. *Pedro Páramo* fue un verdadero desafío a toda la *inteligentia* de su tiempo. Inventó el brutalismo en el lenguaje campesino: honesto, directo y seco; desnudo de adornos o giros ampulosos.

Diríase de una tremenda funcionalidad descarnada. El libro causó una gran conmoción. Se originaron opiniones muy encontradas. Muchos amigos le auguraron un fracaso rotundo. Y así fue. En los primeros cuatro años se publicaron cuatro mil libros, y fue un fracaso inocultable, por lo que no generaron regalías. En una entrevista en España, dijo Rulfo que hasta la quinta edición los regalaba a diestra y siniestra. Pero solo fue temporal la predicción de Alí Chumacero. El tiempo acomodó las cosas, pero lento, muy lento. Amó más el campo que a la ciudad. El campo, lo rural, era todo para él; la ciudad, la gran urbe no le decía nada. Sentía simpatía por los indios y siempre citaba este pasaje del obispo de la Puebla de los Ángeles en 1766, don Andrés de Arce y Miranda:

"Los indios […] aquella gente pobre y desvalida, de quien tanto mal se habla y aún se escribe […]. Más si a mí me habilita al poder hablar algo en esta materia la experiencia de veinte años de cura de ellos […] no puedo menos, cuando oigo semejantes expresiones que llenarme de compasión, y exclamar: ¡Oh pobres indios, que de nada servís, más que de servir! Con más justicia y equidad proceden los que atendiendo al provecho y utilidad que de ellos nos resultan, dicen: Estos son unos pobres que nos enriquecen, unos desnudos que nos visten, unos hambrientos que nos hartan y unos inútiles que nos sirven. En la realidad es así, pues si preguntamos ¿quiénes fabrican las casas que habitamos? No hay otra cosa que responder sino los indios. ¿Quiénes cultivan los campos

que nos dan el sustento? Los indios. ¿Quiénes en esta Nueva España mantienen tantas parroquias, sin otros fondos y fábricas para su culto que sus pobres jornales? Los indios. Es verdad que así lo lleva de suyo su naturaleza y genio, pues cuando en todas las demás gentes de esta América prevalece el espíritu dominante y el orgullo de mandar en los pobres indios no se descubre más que el del abatimiento y el de servir; de suerte que de estos miserables me parece verificarse puntualmente lo que se imaginó Aristóteles de ciertos hombres, que dijo nacer por su naturaleza esclavos o siervos, contra el derecho de la común naturaleza que a todos los hombres nos hace libres. Y dígolo porque no sólo los españoles, sino también los negros, mulatos y chinos, tan inferiores a ellos en la pureza de sangre, tienen ánimo para mandarles, y audacia para vejarlos; y ellos no tienen espíritu para resistirles, conque vienen a ser sus criados de nuestros criados y siervos de nuestros mismos siervos […] No es negable que tienen los indios varios vicios y nulidades, como la embriaguez, la mentira, hurtillos y otros, pero si se leen bien las historias de su gentilidad, se hallará que casi todos vienen de nuestro mal ejemplo: el trato de la gente que se llama de razón los ha contagiado. Y así es observación que los indios cuanto más distante de México y Puebla, y otros lugares populosos, tienen menos malicia y conservan mucha parte de su nativa inocencia. A estos vicios por mucho que exageren, preponderá con exceso un gran cúmulo de virtudes, su pobreza es extremada, y codicia de bienes ninguna; su humildad es suma y el aprecio de sí mismo muy poco".

Aprendió en el Instituto Indigenista que había más de tres millones de indígenas. Han pasado casi quinientos años y están en la miseria. Muchos problemas sin resolver. La vida precaria y miserable ha sido su compañera. Toda la maquinaria estatal y no pueden atender las necesidades del tres por ciento de la población. De acuerdo a Arreola, aún se escucha la queja de Juan Tepano, Primera Vara de Tzapotlan, el más viejo de los tlayacanques: "*la gente de razón nos lo quitó todo*".

Rulfo murió de un ataque cardíaco en la ciudad de México. Entró al mundo de las sombras en una mañana fresca, tranquila, quieta, del siete de enero de 1986, un día después de la epifanía. Era un día normal. La gran urbe fluía con el hervidero de gentes por la calle. Los niños de la ciudad en sus casas estaban felices aún, pues habían recibido su regalo de día de Reyes, el día anterior. Mandó traer un cura para su última confesión. Fue enterrado con su libro preferido del escritor nórdico, *Hambre*, entrelazándolo con sus pequeñas y suaves manos. Discreta fue la velación de su cuerpo. Tuvo muy pocos amigos. Se fue a un mundo brumoso, en el rescoldo de las sombras del silencio. Masculló las últimas palabras de Pedro Páramo: ***"Voy para allá. Ya voy"***.

II. INSTRUCCIONES DE JUAN RULFO PARA LEER PEDRO PÁRAMO

Juan Rulfo dijo que:

1.- Habría que leer mínimo tres veces la novela para entenderla.

2.- La novela es oscura y difícil.

3.- El tiempo y el espacio están rotos.

4.- El pueblo es el personaje central.

5.- El lector tiene que participar, ya que a veces no se dice todo.

Punto # 1.

Creemos que con estas indicaciones de Rulfo a cualquier lector le darían ganas de correr y abandonar

la lectura en las primeras hojas. Entonces no habría lectores perseverantes.

Hasta donde sabemos, no existe parangón de algún escritor mexicano, inclusive extranjero, de tiempos remotos y actuales, que hayan dado prescripciones de esta naturaleza y tan absolutas para leer y acercarse a sus obras.

Dijo el escritor Gabriel García Márquez que hizo las tres lecturas de un tirón en una sola noche.

En nuestra opinión, lo que Rulfo quería en el fondo es simplemente que se leyera su novela.

Sus indicaciones de lectura, creemos, fue una colosal broma y habría que sonreír.

Punto # 2.

Rulfo fue audaz.

Pedro Páramo tiene el escenario rural, cuando en nuestro país ya las novelas utilizaban el tema de la ciudad, desde los años posteriores a la revolución.

Tiene marcada influencia de William Faulkner, de las novelas *El sonido y la furia*, y *Mientras agonizo*, en la estructura narrativa. En éste último es donde se

puede observar una gran similitud de temas; por ejemplo:

1) Lo rural.

2) El viaje.

3) El personaje principal: familia campesina pobre (Faulkner) y el pueblo (Rulfo).

4) Anacronismos.

5) El abuso de la construcción gramatical comparativa: como si + verbo en subjuntivo.

La novela se compone de 69 fragmentos, sin títulos.

Para su distinción se dan las marcas de entrada con letra mayúscula: VINE A COMALA; ERA ESE TIEMPO; ERA LA HORA.

Alí Chumacero dijo en un artículo periodístico, cuando se publicó Pedro Páramo en 1955, que la novela tenía grandes deficiencias en la forma de estructura narrativa, que estaba llena de anacronismos, que no tenían ilación los capítulos, que adolecía de un nudo y de una conclusión.

Yo digo que así son los recuerdos. Desordenados.

Punto # 3.

De manera geométrica el tiempo y el espacio los representamos con las siguientes figuras. Dos líneas paralelas:

T----------

E----------

Donde, T es tiempo y E es el espacio.

Es importante tener presente que Rulfo dijo que es una novela de muertos, de fantasmas; por lo que todos están en la eternidad, donde no existe el tiempo ni el espacio.

Punto # 4.

Rulfo afirmó siempre que el personaje principal es el pueblo, no Pedro Páramo. El pueblo, (un pueblo mestizo; no indio, éstos no se incluyen) está ubicado en Comala. Son gente ordinaria de una población rural, quienes nos relatan sus inquietudes, angustias, costumbres, anhelos, religión, desolación, esperanzas, amor, odio, etc. La vida y la muerte, como principios universales. La humanidad.

Pero son personas muertas, en un pueblo muerto. Muerto hasta de sonrisas.

Entonces, lo que Rulfo relata son recuerdos solamente. Y recuerdos de él. Nada más.

En su más completa desnudez, sin su ropaje histórico, religioso, la novela se reduce a relatar recuerdos. Buenos o malos. Nada de símbolos.

Punto # 5.

Bien. Ahora, amigo lector, agarra un lápiz. Ve escribiendo el nombre del personaje que habla. Las entradas de los fragmentos están en mayúsculas. Por ejemplo:

Fragmento número 1:

VINE A COMALA……..Juan Preciado (pero no vas a saber su nombre hasta el fragmento número 36, como quiere Rulfo que participes activamente).

Fragmento número 5:

-SOY EDUVIGES DYADA…….Eduviges Dyada (aquí fue fácil; el personaje se autopresenta).

Fragmento número 6:

EL AGUA QUE…….Pedro Páramo de niño.

Entonces, podrías leer a tu placer cada personaje, ya identificados sus fragmentos. Puedes hacer una lectura de varios personajes a la vez. De este modo, estarías usando el método de yuxtaposición,

En relación a las características de los personajes, tú debes completar su descripción física o imaginativa. Rulfo, te los oculta deliberadamente.

Usa un sentimiento para describir: *"¿Quién es Pedro Páramo? Un rencor vivo"* o *"Es la pura maldad, eso es Pedro Páramo".*

Finalmente, recomendamos tener a la mano un buen diccionario.

III. PORTARRETRATO DE PEDRO PÁRAMO

¿Quién es Pedro Páramo?
Un rencor vivo.

¿Qué estaba haciendo Pedro Páramo, cuando era niño, en el excusado?
Pensaba en ti, Susana.

¿Cuál fue el primer hurto de niño en casa de la abuela?
La abuela lo manda a comprar unas cafiaspirinas. Encontró un peso en la maceta. Dejo el veinte que llevaba y agarró el peso. Y dijo: “Ahora me sobrará dinero para lo que se ofrezca”.

¿Por qué no fue a rezar el rosario cuando murió su abuelo?
Me siento triste.

En la noche de bodas ¿quién estuvo en la cama en vez de Dolores Preciado, su esposa?

Eduviges Dyada.

¿Por qué estuvo allí Eduviges Dyada?
Porque Dolores tenía el periodo. Y Dolores le pidió el favor que fuera ella.

¿Gozó del himeneo Pedro Páramo en la noche de bodas?
No. Porque el jolgorio del día anterior lo había dejado rendido, así que se pasó la noche roncando.

¿Era exigente en lo doméstico?
Si. Le decía a su esposa: “¡Doloritas! ¿Ya ordenó que me preparen el desayuno?”. “Doña Doloritas, esto está frío. Esto no sirve”

¿Se sintió abatido porque Dolores, su esposa, lo abandonó?
No. “Hasta luego, don Pedro”. “¡Adiós! Doloritas”

¿Mostró preocupación del porvenir de su esposa Dolores Preciado?
No. Expresó: “Que Dios los asista”.

¿Le gustaba de niño el trabajo de aprendiz de telegrafista con su tío Rogelio?
No. “Que se resignen otros, abuela, yo no estoy para resignaciones”.

¿Qué respondió a su madre cuando le dijo que habían matado a su padre?
¿Y a ti quién te mató, madre?

¿Qué opinión expresaba don Lucas Páramo de su hijo Pedro?
Es un inútil. Un flojo de marca. No se cuenta con él para nada, ni para que me sirva de bordón cuando yo esté viejo. Se me malogró, qué quiere usted, Fulgor.

¿Cómo compró Pedro Páramo el perdón por su hijo muerto, Miguel?
Puso en el reclinatorio un puñado de monedas de oro y se levantó. Y le dijo al padre Rentería: “Reciba eso como una limosna para su iglesia”.

¿Tenía Miguel Páramo algún parecido con su padre? ¿Cuál o cuáles?
Sí. Promiscuo y asesino.

¿Quién le conseguía las muchachas a Miguel Páramo?
Dorotea La Cuarraca.

¿Qué mañas usó Pedro Páramo para liquidar las deudas familiares?
Matrimonio por conveniencia con Dolores Preciado. “Mañana vas a pedir la mano de Lola. Y decirle al juez que los bienes son mancomunados. No se te olvide, Fulgor, mancomunados”.

¿Y en relación a las tierras para extender su dominio al máximo?
Utilizó la artimaña de invasión de tierras: “Y lo acusas de “usufruto” o de lo que a ti se te ocurra a

Toribio Aldrete, su vecino. Y que derrumbara los lienzos, por mal calculado”.

¿Tomó conciencia de la existencia de leyes para sus propósitos?
No.
¿Y las leyes, don Pedro? ¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros.

¿Hasta qué nivel alcanzó para conseguir las nuevas tierras robadas?
Ser el autor intelectual del asesinato de Toribio Aldrete.

¿Cómo solapa las fechorías de su hijo Miguel Páramo?
“Hazte a la idea de yo fui, Fulgor; él es incapaz de hacer eso: no tiene la fuerza para matar a nadie”.

¿Sintió dolor cuando murió su hijo Miguel?
Si. Dijo: “Estoy comenzando a pagar. Más vale empezar temprano, para terminar pronto”

¿Quién sabía que tenía relaciones con todas las mujeres del pueblo de Comala?
El padre Rentería.

¿Por qué no decía nada el padre Rentería?
Porque era secreto de confesión.

¿Quién más le conseguía muchachas a Pedro Páramo para tener relaciones?

Damiana Cisneros y Filoteo Aréchiga.

¿Podía disponer Pedro Páramo de cualquier muchacha de Comala?
Si.

¿Cuál sería el momento más adecuado para ese propósito?
A cualquier hora.

¿Qué decía el padre Rentería de que Pedro Páramo era dueño de todas las tierras de Comala?
“Así es la voluntad de Dios”.

¿De quién estaba enamorado desde niño Pedro Páramo?
De Susana San Juan.

¿Qué le decía a Fulgor Sedano sobre ella?
Que era la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra.

¿Qué le ordena hacer a Fulgor Sedano sobre el padre de Susana?
Asesinarlo en las minas.

¿Amó Susana San Juan a Pedro Páramo?
No.

¿Qué venganza hace Pedro Páramo al morir su amada Susana San Juan?

“Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre”.

¿Qué sentimiento expresa cuando sabe que unos revolucionarios asesinaron a Fulgor Sedano, el capataz de la hacienda por muchos años?
“Al fin y al cabo ya estaba “más para la otra que para ésta”. Aunque fue muy servicial, lo que sea de cada quién”.

¿Qué hace para salvar sus propiedades cuando lo visitan a su hacienda los revolucionarios?
Les hace promesas magnánimas. Y los ayudará con cien mil pesos y trecientos hombres.

¿Y las cumple?
A su conveniencia. Los hombres se los presta. Pero el dinero, les da una mínima parte. Ya que no es conveniente cargar tanto dinero en estos tiempos.

¿A quién utiliza para sus trácalas legales solapadas?
Al licenciado Gerardo Trujillo.

¿Cómo toma partido Pedro Páramo en tiempo de la revolución?
Protegiendo sus propiedades únicamente.

¿Es oportunista Pedro Páramo en tiempos de la revolución?
Si. Hace tratos con cualquier grupo o banda.

¿Tiene preferencias?

Si. Y siempre tranza con el que va ganando.

¿Qué dominio en vidas y propiedades ejerce Pedro Páramo en Comala?
Un dominio absoluto.

¿Alguien podría objetar a Pedro Páramos ser dueño de sus propiedades aún sin tener papeles legales?
Indudablemente nadie.

¿Podía haber actuado de otro modo?
No.

¿Por qué?
Era un cacique.

¿Cuál fue la forma de eliminar a Pedro Páramo, el cacique de Comala?
Parricidio.

IV. EL USO DEL SÍMIL Y LAS ORACIONES COMPARATIVAS

Ningún escritor podría escapar al atractivo uso moderado de las figuras retóricas como la metáfora, símil, analogías y de las oraciones comparativas. Rulfo no fue la excepción.

La figura de construcción gramatical “como si” se usa frecuentemente en un sentido de comparación entre dos oraciones. Su objeto es reforzar el argumento descrito, pero ahora imprimiendo una imagen más potente e intensa que aumenta la belleza.

Aunque se forma de una manera elegante, de un uso de español culto, su tono le da más sentido coloquial a la frase. Se construye con las siguientes partículas:

como + si + verbo en modo subjuntivo

Rulfo quizá leyó la obra de William Faulkner, Mientras agonizo, en donde se puede apreciar que se utiliza más de ciento cincuenta veces. Creemos que

pudiera existir cierta influencia en la predilección de ésta figura. Pero, en lo general, cualquier escritor de narrativa también tiene una tendencia natural a su uso.

Veamos las siguientes frases en la novela de Pedro Páramo:

Y su voz era secreta, casi apagada, *como si hablara consigo misma.* (p.6)

Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa, calentándome el corazón, *como si ella también sudara.* (p.8)

No, yo preguntaba por el pueblo, que se ve tan solo, *como si estuviera abandonado*. (p.9)

Y había visto también el vuelo de las palomas rompiendo el aire quieto, sacudiendo sus alas *como si se desprendieran del día.* (p.9)

Al cruzar una bocacalle vi una señora envuelta en su rebozo que desapareció *como si no existiera*. (p.10)

Toqué la puerta, pero en falso. Mi mano se sacudió en el aire *como si el aire la hubiera abierto*. (p.11)

Entonces ésa fue la causa de que su voz se oyera tan débil, *como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí.* (p.13)

Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él *como si fuera de trapo*. (pp.13-14)

Las gallinas engarruñadas *como si durmieran*, sacudían de pronto sus alas y salían al patio, picoteando de prisa, atrapando las lombrices desenterradas por la lluvia. (p.14)

El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento hasta que se rompía con un leve crujido *como si hubiera sido trozado por las alas de algún pájaro*. (p.15)

Tus labios estaban mojados *como si los hubiera besado el rocío.* (p.15)

El reloj de la iglesia dio las horas, una tras otra, una tras otra, *como si se hubiera encogido el tiempo*. (p.18)

Su cara se transparentaba *como si no tuviera sangre*, y sus manos estaban marchitas; marchitas y apretadas de arrugas. (p.19)

Pensé que aquella mujer me estaba oyendo; pero noté que tenía borneada la cabeza *como si escuchara algún rumor lejano.* (p.22)

Y luego, *como si se le hubieran soltado los resortes de su pena*, se dio vuelta sobre sí misma una y otra

vez, una y otra vez, hasta que unas manos llegaron hasta sus hombros y lograron detener el rebullir de su cuerpo. (p.27)

Una luz parda, *como si no fuera a comenzar el día*, sino *como si apenas estuviera llegando el principio de la noche*. (p.27)

Y aquí, aquella mujer, de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo la llegada del día; dejando asomar, a través de sus brazos, retazos de cielo, y debajo de sus pies regueros de luz; una luz asperjada *como si el suelo debajo de ella estuviera anegado en lágrimas*. (p.27)

Y él entró. Llegó abrazándome, *como si ésa fuera la forma de disculparse por lo que había hecho*. Y yo le sonreí. (p.30)

Sin embargo, una mujer que esperaba en las afueras del pueblo contó que había visto el caballo corriendo con las piernas dobladas *como si se fuera a ir de bruces.* (p.31)

Luego vio cuando enderezaba el cuerpo y, sin aflojar la carrera, caminaba con el pescuezo echado hacia atrás *como si viniera asustado por algo que había dejado allá atrás*. (p.31)

Había estrellas fugaces. Caían *como si el cielo estuviera lloviznando lumbre*. (p.32)

Estoy repasando una hilera de santos *como si estuviera viendo saltar cabras.* (p.34)

No, no era posible calcular la hondura del silencio que produjo aquel grito. *Como si la tierra se hubiera vaciado de su aire*. Ningún sonido; ni el del resuello; ni el del latir del corazón; *como si se detuviera el mismo ruido de la conciencia*. (p.35)

Los han encimado. El primero ya está descolorido, el último relumbra *como si fuera de seda*; aunque no es más que un trapo teñido. (p.38)

Y lo peor de todo es cuando oyes platicar a la gente, *como si las voces salieran de alguna hendidura* y, sin embargo, tan claras que las reconoces. (p.45)

Oí que ladraban los perros *como si yo los hubiera despertado*. (p.46)

Y *como si estuvieran a la vuelta de la esquina*, alcancé a oír unas mujeres que platicaban. (p.46)

En falsete. *Como si fueran mujeres las que cantaran*. (p.49)

Vi pasar las carretas. Los bueyes moviéndose despacio. El crujir de las piedras bajo las ruedas. Los hombres *como si vinieran dormidos*. (p.49)

Y se fue, montado en su macho, la cara dura, sin mirar hacia atrás, *como si hubiera dejado aquí la imagen de la perdición*. (p.56)

Viniendo de la calle entró una mujer en el cuarto. Era vieja de muchos años, y flaca *como si le hubieran achicado el cuero.* (p.57)

Como si hubiera retrocedido el tiempo. Volví a ver la estrella junto a la luna. (p.58)

Luego un cuarto a oscuras. Una mujer roncando a mi lado. Noté que su respiración era dispareja *como si estuviera entre sueños*, más bien *como si no durmiera y solo imitara los ruidos que produce el sueño*. (p.59)

La cama era de otates cubierta con costales que olía a orines, *como si nunca los hubieran oreado al sol*. (p.59)

El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba *como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo.* (p.61)

Allí donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida *como si fuera un murmullo*; *como si fuera un puro murmullo de la vida*. (p.62)

Yo ya no estaba muy en mis cabales; recuerdo que me vine apoyando en las paredes *como si caminara con las manos*. Y de las paredes parecía destilar los murmullos *como si se filtraran de entre las grietas y*

las descarapeladuras. Yo los oía. Eran voces de gente; pero no voces claras, sino secretas, *como si me murmuraban algo al pasar*, o *como si zumbaran contra mis oídos*. (pp.62-63)

Uno de aquellos santos se me acercó y, sin decirme nada, hundió una de sus manos en mi estómago *como si la hubiera hundido en un montón de cera.* (p.64)

¿Oyes? Allá afuera está lloviendo. ¿No sientes el golpear de la lluvia? Siento *como si alguien caminara sobre nosotros.* (p.65)

Para eso se necesita tener los riñones de este tamaño. Puso sus manos así, *como si midiera una calabaza*. (p.68)

Cuando me senté a morir, ella me rogó que me levantara y que siguiera arrastrando la vida, *como si esperara todavía algún milagro que me limpiara de culpas.* (p.70)

La carrera que llevaba Fulgor –lo conoció por sus pasos- hacia la puerta grande se detuvo un momento, *como si tuviera intenciones de volver a llamar*. (p.71)

Rumor de voces. Arrastrar de pisadas despaciosas *como si cargaran con algo pesado*. (p.71)

Nunca quiso revivir ese recuerdo porque le traía otros, *como si rompiera un costal completo y luego quisiera contener el grano*. (p.71)

Allí estaba él, enorme, mirando la maniobra de meter un bulto envuelto en costales viejos, amarrado con sicuas de coyunda *como si lo hubieran amortajado*. (p.72)

Su sobrina, siempre presente, siempre junto a él, *como si buscara su sombra para defenderse de la vida*. (p.77)

Y mientras oía el Yo pecador su cabeza se dobló *como si no pudiera sostenerse en alto*. (p.79)

Allí estaba otra vez. *Como si lo rodeara la desventura*. (p.80)

Nadie vino a verla. Así estuvo mejor. La muerte no se reparte *como si fuera un bien*. Nadie anda en busca de tristezas. (p.82)

Allí desmontó y apeó sus maletas, *como si usted de antemano se la hubiera alquilado*. Al menos le vi esa seguridad. (p.86)

Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados, que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá, deshaciéndonos en pedazos *como si rociara la tierra con nuestra sangre.* (p.89)

Entró en el portal. Los indios voltearon a verla. Vio la mirada de todos *como si la escudriñaran*. (p.92)

No, ruido ni hizo. Sólo se la pasó haciendo circo, brincando de mis pies a mi cabeza, y maullando quedito *como si tuviera hambre*. (p.93)

Allá afuera se oía caer la lluvia sobre las hojas de los plátanos, se sentía *como si el agua hirviera sobre el agua estancada en la tierra*. (p.94)

¡Justina! Y ella apareció en seguida, *como si ya hubiera estado allí*, envolviendo su cuerpo en una frazada. (p.95)

El cadáver se deshizo en canillas; la quijada se desprendió *como si fuera de azúcar*. (p.96)

Pabellones de nubes pasaban en silencio por el cielo *como si caminaran rozando la tierra*. (p.97)

Entreabre los ojos. Mira *como si cruzara sus cabellos una sombra sobre el techo*, con la cabeza encima de su cara. (p.98)

Pensaba más en Susana San Juan, metida siempre en su cuarto, durmiendo, y cuando no, *como si durmiera*. (p.100)

Si al menos hubiera sabido qué era aquello que la maltrataba por dentro, que la hacía revolcarse en el desvelo, *como si la despedazaran hasta inutilizarla*. (p.101)

No había gaviotas; sólo esos pájaros que les dicen "picos feos", que gruñen *como si roncaran y que después de que sale el sol desaparecen*. (p.101)

Es *como si fueras un "pico feo"*, uno más entre todos –me dijo-. Me gustas más en las noches, cuando estamos los dos en la misma almohada, bajo las sábanas, en la oscuridad. (pp.101-102)

Eso ni se pregunta patrón. Aunque con eso o sin eso yo haría esto de puro gusto. *Como si usted no me conociera.* (p.105)

Y su figura era borrosa, ¿o se hizo borrosa después? *Como si entre ella y él se interpusiera la lluvia*. (p.106)

Detuvo la respiración y abrió los ojos. Volvió a oír tres golpes secos, *como si alguien tocara con los nudos de la mano en la pared*. (p.111)

¡Ábreme la puerta, Damiana! Le temblaba el corazón *como si fuera un sapo brincándole entre las costillas*. (p.112)

Después volvió a oír otros golpes; pero contra la puerta grande, *como si la estuvieran aporreando a culatazos*. (p.113)

Yo le apuesto a que algo malo está aconteciendo en la Media Luna. Y mire lo recio que va, *como si lo correteara la prisa.* (p. 118)

Te dejaré en paz, Susana. Conforme vayas repitiendo las palabras que yo diga, te irás quedando dormida. Sentirás *como si tú misma te arrullaras*. (p.120)

Tengo la boca llena de ti, de tu boca. Tus labios apretados, duros *como si mordieran oprimiendo mis labios.* (p.120)

Se detuvo también. Miró de reojo al padre Rentería y lo vio lejos, *como si estuviera detrás de un vidrio empañado*. (p.120)

Le miró los ojos y ella le devolvió la mirada. Y le pareció ver *como si sus labios forzaran una sonrisa*. (p.121)

Trató de separar el vientre de su cabeza; de hacer a un lado aquel vientre que le apretaba los ojos y le cortaba la respiración; pero cada vez se volcaba más *como si se hundiera en la noche.* (p.122)

Se acercaban primero *como si fueran mirones*, y al rato ya se habían avecindado, de manera que hasta hubo serenatas. Y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. (p.123)

La cara de Pedro Páramo se escondió debajo de las cobijas *como si se escondiera de la luz*, mientras que los gritos de Damiana se oían salir más repetidos, atravesando los campos: “¡Están matando a don Pedro!”. (p.129)

Damiana Cisneros dejó de gritar. Deshizo su cruz. Ahora se había caído y abría la boca *como si bostezara.* (p.130)

Se hizo a un lado y allí vomitó una cosa amarilla como de bilis. Chorros y chorros, *como si hubiera sorbido diez litros de agua.* (p.130)

Quiso levantar su mano para aclarar la imagen; pero sus piernas la retuvieron *como si fuera de piedra*. (p.131)

De pronto su corazón se detenía y parecía *como si también se detuviera el tiempo*. Y el aire de la vida. (p.131)

Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando *como si fuera un montón de piedras*. (p.132)

V. EROTISMO, SENSUALIDAD Y PROMISCUIDAD

1.

En el mar sólo me sé bañar desnuda —le dije. Y él me siguió el primer día, desnudo también, fosforescente al salir del mar. No había gaviotas.
Es como si fueras un “pico feo”, uno más entre todos —me dijo—. Me gustas más en las noches, cuando estamos los dos en la misma almohada, bajo las sábanas, en la oscuridad.
Y se fue.
Volví yo. Volvería siempre. El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos: rodea mi cintura con su brazo suave, da vuelta sobre mis senos; se abraza de mi cuello; aprieta mis hombros. Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.
Me gusta bañarme en el mar —le dije.
Pero él no lo comprende.
Y al otro día estaba otra vez en el mar, purificándome. Entregándome a sus olas. (pp. 101-102)

2.

¿Qué es lo que dice, Juan Preciado?
Dice que ella escondía sus pies entre las piernas de él. Sus pies helados como piedras frías y que allí se calentaban como en un horno donde se dora el pan. Dice que él le mordía los pies diciéndole que eran como pan dorado en el horno. Que dormía acurrucada, metiéndose dentro de él, perdida en la nada al sentir que se quebraba su carne, que se abría como un surco abierto por un clavo ardoroso, luego tibio, luego dulce, dando golpes duros contra su carne blanda; sumiéndose, sumiéndose más, hasta el gemido. Pero que le había dolido más su muerte. Eso dice. (pp. 105-106)

3.

¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo transparente suspendido del suyo. Mi cuerpo liviano sostenido y suelto a sus fuerzas. ¿Qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios? (p.107)

4.

Ella despertó un poco antes del amanecer. Sudorosa. Tiró al suelo las pesadas cobijas y se deshizo hasta del calor de las sábanas. Entonces su cuerpo se quedó desnudo, refrescado por el viento de la madrugada. Suspiró y luego volvió a quedarse dormida.
Así fue como la encontró horas después el padre Rentería; desnuda y dormida. (p.107)
Pedro Páramo abrió la puerta y se estuvo junto a ella, dejando que un rayo de luz cayera sobre Susana San Juan. Vio sus ojos apretados como cuando se siente un dolor interno; la boca humedecida, entreabierta, y las sábanas siendo recorridas por manos inconscientes hasta mostrar la desnudez de su cuerpo que comenzó a retorcerse en convulsiones.
Recorrió el pequeño espacio que lo separaba de la cama y cubrió el cuerpo desnudo, que siguió debatiéndose como un gusano en espasmos cada vez más violentos. Se acercó a su oído y le habló: «¡Susana!». Y volvió a repetir: «¡Susana!». (p.117)

5.

Se abrió la puerta y entró el padre Rentería en silencio moviendo brevemente los labios:
—Te voy a dar la comunión, hija mía.

Tengo la boca llena de ti, de tu boca. Tus labios apretados, duros como si mordieran oprimidos mis labios.
Él me cobijaba entre sus brazos. Me daba amor. (p.117)

6.

Mi compadre Pedro decía que estaba que ni mandado a hacer para amansar potrillos; pero lo cierto es que él tenía otro oficio: el de «provocador». Era provocador de sueños. Eso es lo que era verdaderamente. Y a tu madre la enredó como lo hacía con muchas. Entre otras, conmigo. Una vez que me sentí enferma se presentó y me dijo: «Te vengo a pulsear para que te alivies». Y todo aquello consistía en que se soltaba sobándola a una, primero en las yemas de los dedos, luego restregando las manos; después los brazos, y acababa metiéndose con las piernas de una, en frío, así que aquello al cabo de un rato producía calentura. Y, mientras maniobraba, te hablaba de tu futuro. Se ponía en trance, remolineaba los ojos invocando y maldiciendo; llenándote de escupitajos como hacen los gitanos. A veces se quedaba en cueros porque decía que ése era nuestro deseo. Y a veces le atinaba; picaba por tantos lados que con alguno tenía que dar. (pp.19-20)

7.

-Hazme ese favor. Te lo pagaré con otros.
Tu madre en ese tiempo era una muchachita de ojos humildes. Si algo tenía bonito tu madre, eran los ojos. Y sabían convencer.
Ve tú en mi lugar —me decía.
Me valí de la oscuridad y de otra cosa que ella no sabía: y es que a mí también me gustaba Pedro Páramo.
Me acosté con él, con gusto, con ganas. Me atrinchilé a su cuerpo; pero el jolgorio del día anterior lo había dejado rendido, así que se pasó la noche roncando. Todo lo que hizo fue entreverar sus piernas entre mis piernas.
Antes que amaneciera me levanté y fui a ver a Dolores. Le dije:
Ahora anda tú. Éste es ya otro día.
—¿Qué te hizo? —me preguntó.
—Todavía no lo sé —le contesté.
Al año siguiente naciste tú; pero no de mí, aunque estuvo en un pelo que así fuera.
Quizá tu madre no te contó esto por vergüenza.
(p.20-21)

8.

Todavía tengo frente a mis ojos la mirada de María Dyada, que vino a pedirme salvara a su hermana Eduviges:

—Ella sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Hasta les dio un hijo, a todos. Y se los puso enfrente para que alguien lo reconociera como suyo; pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: "En ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre". Abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer ofenderlos ni de malquistarse con ninguno.
—Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios.
—No le quedaba otro camino. Se resolvió a eso también por bondad.
—Falló a última hora —eso es lo que le dije—. En el último momento. ¡Tantos bienes acumulados para su salvación, y perderlos así de pronto! (pp.33-34)

9.

—Está borracho —dijo el hombre.
—Solamente está asustado —dijo la mujer.
Había un aparato de petróleo. Había una cama de otate, y un equipal en que estaban las ropas de ella. Porque ella estaba en cueros, como Dios la echó al mundo. Y él también.
—Oímos que alguien se quejaba y daba de cabezazos contra nuestra puerta. Y allí estaba usted. ¿Qué es lo que le ha pasado?
—Me han pasado tantas cosas, que mejor quisiera dormir.
—Nosotros ya estábamos dormidos.
—Durmamos, pues. (p.50)

10.

Luego un cuarto a oscuras. Una mujer roncando a mi lado. Noté que su respiración era dispareja como si estuviera entre sueños, más bien como si no durmiera y sólo imitara los ruidos que produce el sueño. La cama era de otate cubierta con costales que olían a orines, como si nunca los hubieran oreado al sol; y la almohada era una jerga que envolvía pochote o una lana tan dura o tan sudada que se había endurecido como leño. (p.59)

11.

Junto a mis rodillas sentía las piernas desnudas de la mujer, y junto a mi cara su respiración. Me senté en la cama apoyándome en aquel como adobe de la almohada.
—Me quedaré aquí, en mi mismo rincón. Al fin y al cabo la cama está igual de dura que el suelo. Si algo se le ofrece, avíseme.
Ella me dijo:
—Donis no volverá. Se lo noté en los ojos. Estaba esperando que alguien viniera para irse. Ahora tú te encargarás de cuidarme. ¿O qué, no quieres cuidarme? Vente a dormir aquí conmigo.
—Aquí estoy bien.

—Es mejor que te subas a la cama. Allí te comerán las turicatas.
Entonces fui y me acosté con ella. (pp.59-60)

12.

El calor me hizo despertar al filo de la medianoche. Y el sudor. El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo. Yo me sentía nadar entre el sudor que chorreaba de ella y me faltó el aire que se necesita para respirar. Entonces me levanté. La mujer dormía. De su boca borbotaba un ruido de burbujas muy parecido al del estertor. (p.61)
Me enterraron en tu misma sepultura y cupe muy bien en el hueco de tus brazos. Aquí en este rincón donde me tienes ahora. Sólo se me ocurre que debería ser yo la que te tuviera abrazado a ti. ¿Oyes? Allá fuera está lloviendo. ¿No sientes el golpear de la lluvia?
—Siento como si alguien caminara sobre nosotros.
—Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados. (p.65)

13.

El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí: “Me acuso padre que ayer dormí con Pedro Páramo”. “Me acuso padre que tuve un hijo de Pedro Páramo”. “De que le presté mi hija a Pedro Páramo”. Siempre esperé que él viniera a acusarse de algo; pero nunca lo hizo. Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que él reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento. (p.73)

14.

—¡Ah, qué don Pedro! —dijo Damiana—. No se le quita lo gatero. Lo que no entiendo es por qué le gusta hacer las cosas tan escondidas; con habérmelo avisado, yo le hubiera dicho a la Margarita que el patrón la necesitaba para esta noche, y él no hubiera tenido ni la molestia de levantarse de su cama.
Cerró la ventana al oír el bramido de los toros. Se echó sobre el catre cobijándose hasta las orejas, y luego se puso a pensar en lo que le estaría pasando a la chacha Margarita.
Más tarde tuvo que quitarse el camisón porque la noche comenzó a ponerse calurosa.
—¡Damiana! —oyó.
Entonces ella era muchacha.

—¡Ábreme la puerta, Damiana!
Le temblaba el corazón como si fuera un sapo brincándole entre las costillas.
—Pero ¿para qué, patrón?
—¡Ábreme, Damiana!
—Pero si ya estoy dormida, patrón.
Después sintió que don Pedro se iba por los largos corredores, dando aquellos zapatazos que sabía dar cuando estaba corajudo.
A la noche siguiente, ella, para evitar el disgusto, dejó la puerta entornada y hasta se desnudó para que él no encontrara dificultades.
Pero Pedro Páramo jamás regresó con ella.
(pp.112-113)

15.

Ahora sí, padre. Es verdad.
—Di.
—Ya que no puedo causarle ningún perjuicio, le diré que era yo la que le conseguía muchachas al difunto Miguelito Páramo.
El padre Rentería, que pensaba darse campo para pensar, pareció salir de sus sueños y preguntó casi por costumbre:
—¿Desde cuándo?
—Desde que él fue hombrecito. Desde que le agarró el chincual.
—Vuélveme a repetir lo que dijiste, Dorotea.

—Pos que yo era la que conchababa las muchachas a Miguelito.
—¿Se las llevabas?
—Algunas veces, sí. En otras nomás se las apalabraba. Y con otras nomás le daba el norte. Usted sabe: la hora en que estaban solas y en que él podía agarrarlas descuidadas.
—¿Fueron muchas?
No quería decir eso: pero le salió la pregunta por costumbre.
—Ya hasta perdí la cuenta. Fueron retemuchas.
—¿Qué quieres que haga contigo, Dorotea? Júzgate tú misma. Ve si tú puedes perdonarte.
—Yo no, padre. Pero usted sí puede. Por eso vengo a verlo.
—¿Cuántas veces viniste aquí a pedirme que te mandara al cielo cuando murieras? ¿Querías ver si allá encontrabas a tu hijo, no, Dorotea? Pues bien, no podrás ir ya más al cielo. Pero que Dios te perdone.
—Gracias, padre.
—Sí. Yo también te perdono en nombre de él. Puedes irte.
—¿No me deja ninguna penitencia?
—No la necesitas, Dorotea.
—Gracias, padre.
—Ve con Dios. (pp.78-79)

VI. DOS FRASES BORRADAS

Rulfo borró dos frases en la primera hoja del manuscrito original de la novela Pedro Páramo. Podría ser que también lo haya hecho el corrector de estilo que intervino en la edición. Entonces quedaría de la siguiente forma:

“Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias. *(1) Las hojas de los malcorajes se parten y se desbaratan con el roce del viento. (2) El sol, blanco de luz, quema las sombras escondidas bajo la hierba”.*

VII. LA RELIGIÓN

Despojada del elemento histórico, Pedro Páramo es una novela religiosa. De un pueblo religioso, pero mestizo. No indio; ni de esclavos africanos que llegaron en la conquista; ambos son excluidos, pues están en el inframundo, según una expresión de Rulfo. Y no podemos entenderlos. El personaje central es un pueblo de religión católica; en este caso, el pueblo mexicano.

Rulfo pone con mayúsculas las categorías religiosas de la doctrina católica: Dios, Cielo, Infierno, Divina Providencia, Gloria, Padre Nuestro, Virgen María, Purgatorio, Señor, etc.

Más de noventa veces son mencionadas. Las trata con mucho respeto. No olvidemos que tuvo una educación marcada por la religión, en un pueblo católico rayando en el fanatismo (el movimiento cristero). Rulfo, además, cursó tres años en un seminario de Guadalajara. Lo abandonó. No tenía vocación de sacerdote. Dentro de la familia, un abuelo materno, de su propio pecunio mandó

construir un templo llamado Nuestra Señora del Socorro cuyo lema es “Refugio de pecadores”, en Apulco, Jalisco.

Los personajes campesinos de la novela están más ocupados en salvar su alma que la preocupación del diario comer.

En la novela se dedican más de veinte páginas a la relación incestuosa entre dos hermanos, Donis y su hermana. Ella, la hermana (de quien no sabemos su nombre), dice: “Ninguno de los que todavía vivimos está en gracia de Dios” (p.55). O en otras palabras del catecismo protestante de Dinamarca: “*Todos somos pecadores*”. Entonces, todos son pecadores. Este es el punto medular.

Para rematar, también se les aplica con rigor la ley mosaica de la epístola de Santiago (2:10) sin distinción: “*Quien observa toda la ley, pero quebranta un sólo precepto, se hace reo de todos*”. Los pecados considerados como capitales se igualan a los ordenamientos ordinarios básicos del catecismo católico. Un punto de vista religioso muy severo y draconiano. Una persona se conduce en rectitud toda la vida, pero al final fue envidioso o mentiroso por motivos inconscientes. Aquí falló totalmente por un solo precepto. Y será condenado al fuego eterno. La anhelada salvación no será alcanzada.

En la novela, el padre Rentería aplica esta tabla rasa sin misericordia a todo el pueblo de Comala.

Y si mueren sin confesión, en pecado, están condenados a ir al Purgatorio. Se aparecen en forma de ánimas en pena. Habría que rezar por ellos. Es un catecismo cristiano. Es la manera popular de estar en comunicación con los muertos.

La redención de los pecados es el objetivo. Los pecados de la carne. Y los pecados del espíritu en cierta forma, pero muy focalizados en la crisis existencial del padre Rentería.

Hay una especie de jovialidad en el uso de las categorías religiosas, pero sin llegar a la blasfemia. En el lenguaje campesino muchas de ellas son dichas con cierta comicidad. Dice el padre Rentería: “Estoy repasando una hilera de santos como si fueran cabras” (p.34)

En la vida cotidiana las categorías religiosas se convierten en un uso excesivo para nuestra conversación. Pero no se dicen de una manera muy respetuosa. Hay un marcado humor a la mexicana. En el acto del rito de la iglesia, si cambia la cuestión. Nos volvemos más serios.

Ahora veamos algunos ejemplos de lo anteriormente expuesto:

…….

“Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros; pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga”. (p.13)

…….
“Pero no para ti, Miguel Páramo, que has muerto sin perdón y no alcanzarás ninguna gracia”. (p.28)

…….
“—¡Padre, queremos que nos lo bendiga!
—¡No! —dijo moviendo negativamente la cabeza—. No lo haré. Fue un mal hombre y no entrará al Reino de los Cielos. Dios me tomará a mal que interceda por él”. (p.28)

…….
“El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar.
—Son tuyas —dijo—. Él puede comprar la salvación. Tú sabes si éste es el precio. En cuanto a mí, Señor, me pongo ante tus plantas para pedirte lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir… Por mí, condénalo, Señor”. (p.29)

…….

“—Pero sabías quién era.
—Sí. Y qué cosa era. Sé que ahora debe estar en lo mero hondo del Infierno; porque así se lo he pedido a todos los santos con todo mi fervor.
—No estés tan convencida de eso, hija. ¡Quién sabe cuántos estén rezando ahora por él! Tú estás sola. Un ruego contra miles de ruegos. Y entre ellos, algunos mucho más hondos que el tuyo, como es el de su padre”. (p.30)

…….
“Todo esto que sucede es por mi culpa —se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad; ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llenan el estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias. Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios”. (p.33)

…….
—Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios.
—No le quedaba otro camino. Se resolvió a eso también por bondad.
—Falló a última hora —eso es lo que le dije—. En el último momento. ¡Tantos bienes acumulados para su salvación, y perderlos así de pronto!” (p.33)

…….

“—Vamos rezando mucho, padre.
—Digo tal vez, si acaso, con las misas gregorianas; pero para eso necesitamos pedir ayuda, mandar traer sacerdotes. Y eso cuesta dinero.
Allí estaba frente a mis ojos la mirada de María Dyada, una pobre mujer llena de hijos.
—No tengo dinero. Eso lo sabe, padre.
—Dejemos las cosas como están. Esperemos en Dios.
—Sí, padre”. (p.34)

……
“Dice el padre Rentería: “Estoy repasando una hilera de santos como si fueran cabras” (p.34)

……
“El padre cura quiere sesenta pesos por pasar por alto lo de las amonestaciones. Le dije que se le darían a su debido tiempo. Él dice que le hace falta componer el altar y que la mesa de su comedor está toda desconchinflada. Le prometí que le mandaríamos una mesa nueva. Dice que usted nunca va a misa. Le prometí que iría. Y desde que murió su abuela ya no le han dado los diezmos. Le dije que no se preocupara. Está conforme”. (p.43)

Rulfo pasó la censura de la iglesia.

Sus fuertes e intensas imágenes sensuales, erotismo y promiscuidad. La promiscuidad de Pedro Páramo y de Miguel Páramo; de Susana San Juan; de Eduviges

Dyada, la prostituta del pueblo; de Dorotea La Cuarraca. Y también el padre Rentería asiste a cuadros promiscuos con Susana San Juan.

El padre Rentería sabe de la promiscuidad de Pedro Páramo:

“El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí: “Me acuso padre que ayer dormí con Pedro Páramo”. “Me acuso padre que tuve un hijo de Pedro Páramo”. “De que le presté mi hija a Pedro Páramo”. Siempre esperé que él viniera a acusarse de algo; pero nunca lo hizo. Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que él reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento”. (p.73)

También de la promiscuidad de Miguel Páramo:

“—Ya que no puedo causarle ningún perjuicio, le diré que era yo la que le conseguía muchachas al difunto Miguelito Páramo.
El padre Rentería, que pensaba darse campo para pensar, pareció salir de sus sueños y preguntó casi por costumbre:
—¿Desde cuándo?
—Desde que él fue hombrecito. Desde que le agarró el chincual.
—Vuélveme a repetir lo que dijiste, Dorotea.

—Pos que yo era la que conchababa las muchachas a Miguelito.
—¿Se las llevabas?
—Algunas veces, sí. En otras nomás se las apalabraba. Y con otras nomás le daba el norte. Usted sabe: la hora en que estaban solas y en que él podía agarrarlas descuidadas.
—¿Fueron muchas?
No quería decir eso: pero le salió la pregunta por costumbre.
—Ya hasta perdí la cuenta. Fueron retemuchas.
—¿Qué quieres que haga contigo, Dorotea? Júzgate tú misma. Ve si tú puedes perdonarte.
—Yo no, padre. Pero usted sí puede. Por eso vengo a verlo.
—¿Cuántas veces viniste aquí a pedirme que te mandara al cielo cuando murieras? ¿Querías ver si allá encontrabas a tu hijo, no, Dorotea? Pues bien, no podrás ir ya más al cielo. Pero que Dios te perdone.
—Gracias, padre.
—Sí. Yo también te perdono en nombre de él. Puedes irte.
—¿No me deja ninguna penitencia?
—No la necesitas, Dorotea.
—Gracias, padre.
—Ve con Dios". (pp.78-79)

La promiscuidad de Susana San Juan:

"—¿De manera que estás dispuesta a acostarte con él?
—Sí, Bartolomé.

—¿No sabes que es casado y que ha tenido infinidad de mujeres?
—Sí, Bartolomé.
—No me digas Bartolomé. ¡Soy tu padre!” (p.89)

Las imágenes eróticas de Susana San Juan:

“¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo transparente suspendido del suyo. Mi cuerpo liviano sostenido y suelto a sus fuerzas. ¿Qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios?”. (p.107)

O:

“Dice que ella escondía sus pies entre las piernas de él. Sus pies helados como piedras frías y que allí se calentaban como en un horno donde se dora el pan. Dice que él le mordía los pies diciéndole que eran como pan dorado en el horno. Que dormía acurrucada, metiéndose dentro de él, perdida en la nada al sentir que se quebraba su carne, que se abría como un surco abierto por un clavo ardoroso, luego tibio, luego dulce, dando golpes duros contra su carne blanda; sumiéndose, sumiéndose más, hasta el gemido. Pero que le había dolido más su muerte. Eso dice”. (p.105)

La lascivia de Eduviges Dyada:

“—Ve tú en mi lugar —me decía.
Me valí de la oscuridad y de otra cosa que ella no sabía: y es que a mí también me gustaba Pedro Páramo.
Me acosté con él, con gusto, con ganas. Me atrinchilé a su cuerpo; pero el jolgorio del día anterior lo había dejado rendido, así que se pasó la noche roncando. Todo lo que hizo fue entreverar sus piernas entre mis piernas.
Antes que amaneciera me levanté y fui a ver a Dolores. Le dije:
—Ahora anda tú. Éste es ya otro día.
—¿Qué te hizo? —me preguntó.
—Todavía no lo sé —le contesté.
Al año siguiente naciste tú; pero no de mí, aunque estuvo en un pelo que así fuera”. (p.20)

La novela no ofrece una conclusión. Es tan solo un movimiento interior. De una existencia individual y su experiencia. Son hechos transfigurados. Recuerdos, unos más intensos que otros. Imágenes, unas más intensas que otras. Un pasado hecho presente.

Pedro Páramo es una evocación de un tiempo pasado. En la superficie está la línea narrativa en la forma histórica. Matizado de un sutil humor campesino. Todo el pueblo de Comala sólo piensa cómo irse al cielo cuando muera. En el pueblo mestizo la religión

se adopta por “temor o superstición”. La religión del indio es otra, que ni la comprendemos. No hay mensajes ocultos; denuncias sociales, y tampoco simbolismos.

VIII. LA POESÍA EN PEDRO PÁRAMO

Rulfo jamás escribió poesía. Si exceptuamos las pocas líneas que quedaron en La fórmula secreta. No hay nada. No tenía vena poética.

Él mismo expresó en una entrevista allá por 1980, poco antes del homenaje nacional en Bellas Artes, que la poesía no se le daba, y que era un "género muy difícil".

Pero si leemos con atención podemos encontrar en el Pedro Páramo, algunos rastros de calidad poética. Sí, aunque parezca contradictorio, puedo afirmar que hay poesía en la novela. El gran escritor de Zapotlán El Grande, Juan José Arreola, afirmaba y sostenía que la novela se editara como un poema y que así se podría disfrutar más.

No olvidemos que Baudelaire, el poeta francés, escribió un librito magnífico: “Pequeños poemas en prosa”, y algunos textos posteriormente los convirtió en versos.

De acuerdo al principio inmemorial, para escribir poesía hay que estar enamorado, sufrir un desamor, ser nostálgico, estar melancólico, padecer tristeza, etc.

Yo creo que Rulfo pudo haber escrito todos los pensamientos de Pedro Páramo sobre Susana San Juan en verso, para después transportarlos a prosa.

Asimismo, tenemos las expresiones cuasi poéticas de Susana San Juan o de la evocación nostálgica que siente Dolores Preciado por Comala.

De Jaime Sabines, el poeta chiapaneco, por quien sintió una gran admiración, expresó que le atraía la “fuerza descarnada” de su poesía.

Es el mismo Rulfo, pero transfigurado en poeta.

El tono de estos pasajes, ocultos en la rica prosa de la novela, tienen un encanto sublime y evocativo, que no puede pasar desapercibido en una atenta lectura.

Penetremos en estas cautivantes e intensas imágenes poéticas.

Los recuerdos de Pedro Páramo sobre su amada Susana San Juan:

I.

Pensaba en ti,
Susana.

En las lomas verdes,
cuando volábamos
papalotes,
en la época
del aire.

Oíamos,
allá abajo,
el rumor viviente
del pueblo
mientras
estábamos encima de él,
arriba de la loma,
en tanto
se nos iba el hilo
de cáñamo
arrastrado
por el viento.

"Ayúdame, Susana".
Y unas manos
suaves
se apretaban

a nuestras manos.
“Suelta más hilo”.

El aire
nos hacía reír;
juntaba la mirada
de nuestros ojos,
mientras
el hilo corría
entre los dedos,
detrás
del viento,
hasta que se rompía,
con un leve crujido
como si hubiera sido
trozado
por las alas
de algún pájaro.

Y allá arriba,
el pájaro de papel
caía en maromas
arrastrando
su cola de hilacho,
perdiéndose
en el verdor de la tierra.

Tus labios
estaban mojados
como si los hubiera besado
el rocío.

De ti
me acordaba,
cuando tú
estabas
allí,
mirándome
con tus ojos
de aguamarina.

A centenares de metros,
encima de todas
las nubes,
más,
mucho más allá
de todo,
estás escondida tú,
Susana,
escondida
en la inmensidad
de Dios,
detrás de su
Divina Providencia,
donde yo no puedo
alcanzarte
ni verte
y
adonde no llegan
mis palabras.

Miraba caer
las gotas

iluminadas
por los relámpagos,
y cada vez que respiraba
suspiraba,
y cada vez que pensaba,
pensaba en ti,
Susana.

II.

El día que te fuiste
entendí
que no te volvería a ver,
ibas teñida de rojo
por el sol de la tarde,
por el crepúsculo
ensangrentado
del cielo,
sonreías,
dejabas atrás
un pueblo
del que muchas veces me dijiste:
"Lo quiero por ti;
pero lo odio
por todo lo demás,
hasta por haber nacido en él".

Pensé:
"No regresará jamás;
no volverá nunca".

Esperé treinta años
a que regresaras,
Susana.
esperé a tenerlo todo,
no solamente algo,
sino todo
lo que se pudiera conseguir,
de modo
que no nos quedara
ningún deseo,
sólo el tuyo,
el deseo de ti.

¿Cuántas veces
invité a tu padre
a que viniera a vivir
aquí
nuevamente,
diciéndole
que yo lo necesitaba?
Lo hice
hasta con engaños,
le ofrecí
nombrarlo administrador,
con tal de volverte a ver,
¿y qué me contestó?
"No hay respuesta
me decía siempre
el mandadero.
El señor
don Bartolomé
rompe sus cartas

cuando yo se las entrego".
Pero
por el muchacho
supe
que te habías casado
y pronto
me enteré
que te habías quedado viuda
y le hacías otra vez
compañía
a tu padre.

Luego el silencio,
el mandadero
iba y venía
y siempre regresaba
diciéndome:
"No los encuentro, don Pedro.
Me dicen que salieron de Mascota.
Y unos me dicen
que para acá
y otros que para allá"

Y yo:
No repares en gastos,
búscalos,
ni que se los haya tragado la tierra.

Hasta que un día
vino
y me dijo:
"He repasado toda la sierra

indagando el rincón
donde se esconde
don Bartolomé San Juan,
hasta que he dado con él,
allá,
perdido
en un agujero
de los montes,
viviendo en una covacha
hecha de troncos,
en el mero lugar
donde están
las minas abandonadas
de La Andrómeda"

Ya para entonces
soplaban vientos raros,
se decía
que había gente
levantada en armas;
nos llegaban rumores,
eso fue lo que aventó
a tu padre por aquí.
No por él,
según me dijo en su carta,
sino por tu seguridad,
quería traerte
a algún lugar viviente.

III.

Sentí
que se abría el cielo,
tuve ánimos
de correr hacia ti,
de rodearte
de alegría,
de llorar,
y lloré,
Susana,
cuando supe
que al fin
regresarías.

¿Sabías, Fulgor,
que ésa es la mujer
más hermosa
que se ha dado
sobre la tierra?
Llegué a creer
que la había perdido
para siempre.
Pero ahora
no tengo ganas
de volverla a perder.
Pensé
en ti,

Susana,
pensé
en la muchachita
con la que acababa
de dormir
apenas un rato,
aquel pequeño
cuerpo
azorado
y tembloroso
que parecía
iba a echar fuera
su corazón
por la boca.
«Puñadito de carne»,
te dije.

Y me abracé
a ti,
tratando de convertirte
en la carne de
Susana San Juan.
«Una mujer
que no era de este mundo».

Pedro Páramo
abrió la puerta
y se estuvo junto a ella,
dejando que un rayo
de luz
cayera
sobre Susana San Juan.

Vio sus ojos
apretados
como cuando se siente
un dolor interno;
la boca humedecida,
entreabierta,
y las sábanas
siendo recorridas
por manos inconscientes,
hasta mostrar
la desnudez
de su cuerpo,
que comenzó
a retorcerse
en convulsiones.
Recorrió
el pequeño espacio
que lo separaba
de la cama
y cubrió el cuerpo
desnudo,
que siguió debatiéndose
como un gusano
en espasmos
cada vez más violentos.
Se acercó a su oído
y le habló: «¡Susana!».
Y volvió a repetir: «¡Susana!».

Tengo la boca llena de ti,
de tu boca.

Tus labios apretados,
duros
como si mordieran
oprimidos
mis labios.

IV.

Hace mucho tiempo
que te fuiste,
Susana.

La luz
era igual entonces
que ahora,
no tan bermeja;
pero era la misma pobre
luz
sin lumbre,
envuelta
en el paño blanco
de la neblina
que hay ahora.

Era
el mismo momento.

Yo aquí,
junto a la puerta,
mirando el amanecer
y mirando

cuando te ibas,
siguiendo el camino
del cielo;
por donde el cielo
comenzaba
a abrirse
en luces,
alejándote,
cada vez más desteñida
entre las sombras de la tierra.

V.

Fue la última vez que te vi.

Pasaste
rozando
con tu cuerpo
las ramas del paraíso
que está en la vereda
y te llevaste
con tu aire
sus últimas hojas.

Luego
desapareciste.

Te dije:
"¡Regresa, Susana!".

Luego cerré los ojos.

Yo
te pedí
que regresaras…

Había
una luna grande
en medio
del mundo.

Se me perdían los ojos
mirándote.

Los rayos
de la luna
filtrándose
sobre tu cara.

No me cansaba
de ver
esa aparición
que eras tú.

Suave,
restregada de luna;
tu boca
abullonada,
humedecida,
irisada de estrellas;
tu cuerpo
transparentándose

en el agua
de la noche.

Susana,

Susana San Juan.

Todos
escogen
el mismo
camino.

Todos
se
van.

Ésta
es
mi
muerte.

La nostalgia que siente Dolores Preciado por Comala:

El camino subía
y bajaba:
sube o baja
según se va o se viene.
Para el que va,

sube;
para el que viene,
baja.

Hay
allí,
pasando el puerto de Los Colimotes,
la vista muy hermosa
de una llanura verde,
algo amarilla
por el maíz maduro.

Desde ese lugar
se ve Comala,
blanqueando la tierra,
iluminándola
durante la noche.

Allá
me oirás mejor.
Estaré más cerca de ti.

Encontrarás
más cercana
la voz
de mis recuerdos
que la de
mi muerte,
si es que alguna vez
la muerte
ha tenido
alguna voz.

Llanuras verdes.

Ver subir
y bajar
el horizonte
con el viento
que mueve las espigas,
el rizar de la tarde
con una lluvia
de triples rizos.

El color de la tierra,
el olor de la alfalfa
y del pan.

Un pueblo
que huele
a miel derramada.

No sentir
otro sabor
sino el del azahar
de los naranjos
en la tibieza del tiempo.

El abandono en que nos tuvo,
mi hijo,
cóbraselo caro.

Todas las madrugadas
el pueblo tiembla

con el paso de las carretas.

Llegan de todas partes,
topeteadas de salitre,
de mazorcas,
de yerba de pará.

Rechinan sus ruedas
haciendo vibrar
las ventanas,
despertando a la gente.

Es la misma hora
en que se abren los hornos
y huele a pan
recién horneado.

Y de pronto
puede tronar el cielo.
Caer la lluvia.

Puede venir
la primavera.

Allí
te acostumbrarás
a los "derrepentes",
mi hijo.

Allá
me oirás mejor.
Estaré más cerca de ti.

No,
hijo,
no te veo.

Allá
hallarás mi querencia.

El lugar que yo quise.

Donde los sueños
me enflaquecieron.

Mi pueblo,
levantado sobre la llanura.
Lleno de árboles
y de hojas
como una alcancía
donde hemos guardado
nuestros recuerdos.

Sentirás
que allí
uno quisiera vivir
para la eternidad.

El amanecer;
la mañana;
el mediodía
y la noche,
siempre
los mismos;
pero con la diferencia

del aire.

Allí,
donde el aire
cambia el color
de las cosas;
donde se ventila
la vida
como si fuera un murmullo;
como si fuera un puro murmullo
de la vida.

Allá
hallarás mi querencia.

El lugar que yo quise.

Donde los sueños
me enflaquecieron.

No sentir
otro sabor
sino el del azahar
de los naranjos
en la tibieza del tiempo.

El amanecer;
la mañana;
el mediodía
y la noche,
siempre
los mismos;

pero con la diferencia
del aire.

Un pueblo
que huele
a miel derramada.

Sentirás
que allí
uno quisiera vivir
para la
eternidad.

La intensa imagen sensual de Susana San Juan por su marido Florencio:

I.

¡Señor,
tú no existes!

Te pedí
tu protección
para él.

Que me lo cuidaras;
eso te pedí.

Pero

tú te ocupas
nada más
de las almas.

Y
lo que yo quiero
de él
es su cuerpo,
desnudo
y caliente
de amor;
hirviendo de deseos,
estrujando
el temblor
de mis senos
y de mis brazos.

Mi cuerpo
transparente
suspendido
del suyo.

Mi cuerpo
liviano
sostenido
y suelto
a sus fuerzas.

¿Qué haré ahora
con mis labios
sin su boca
para llenarlos?

¿Qué haré
de mis adoloridos
labios?

Tengo la boca
llena de ti,
de tu boca.

Tus labios
apretados,
duros
como si mordieran
oprimidos
mis labios.

Él me cobijaba
entre sus brazos.

Me daba amor.

II.

Mi cuerpo
se sentía
a gusto
sobre
el calor
de la arena.

Tenía
los ojos
cerrados,
los brazos
abiertos,
desdobladas las
piernas
a la brisa
del mar.

Y el mar
allí
enfrente,
lejano,
dejando apenas
restos de espuma
en mis pies
al subir
la marea.

Era temprano.

El mar
corría
y bajaba
en olas.

Se desprendía
de su espuma
y se iba,
limpio,
con su agua

verde,
en ondas
calladas.

En el mar
sólo me sé
bañar desnuda —le dije.

Y él me siguió
el primer día,
desnudo también,
fosforescente
al salir del mar.

No había gaviotas.

Es como si fueras
un "pico feo",
uno más entre todos —me dijo.

Me gustas más
en las noches,
cuando estamos
los dos
en la misma almohada,
bajo las sábanas,
en la oscuridad.

Y se fue.

Volví yo,
volvería

siempre.

El mar
moja mis tobillos
y se va;
moja mis rodillas,
mis muslos;
rodea mi cintura
con su brazo
suave,
da vuelta
sobre mis senos;
se abraza
de mi cuello;
aprieta mis hombros.

Entonces
me hundo en él,
entera.

Me entrego
a él
en su fuerte
batir,
en su suave
poseer,
sin dejar
pedazo.

Me gusta
bañarme en el mar —le dije.

Pero él
no lo comprende.

Y
al otro día
estaba otra vez
en el mar,
purificándome,
entregándome
a sus olas.

III.

Dice
que ella escondía
sus pies
entre las piernas
de él.

Sus pies
helados
como piedras
frías
y que allí
se calentaban
como en un horno
donde se dora
el pan.

Dice
que él le mordía
los pies
diciéndole
que eran
como pan dorado
en el horno.

Que dormía
acurrucada,
metiéndose
dentro de él,
perdida
en la nada
al sentir
que se quebraba
su carne,
que se abría
como un surco
abierto
por un clavo
ardoroso,
luego tibio,
luego dulce,
dando golpes
duros
contra su carne
blanda;
sumiéndose,
sumiéndose más,
hasta el gemido.

Un rayo de luz
cayó
sobre su
rostro.

Vio
sus ojos
apretados
como cuando
siente
un dolor
interno.

La boca
humedecida,
entreabierta,
y las sábanas
siendo recorridas
por manos inconscientes
hasta mostrar
la desnudez
de su cuerpo
que comenzó
a retorcerse
en convulsiones.

Debatiéndose
como un gusano
en espasmos
cada vez
más violentos.

Se despertó
un poco antes
del amanecer;
sudorosa.

Tiró
al suelo
las pesadas
cobijas
y se deshizo
hasta del calor
de las sábanas.

Entonces
su cuerpo
se quedó
desnudo,
refrescado
por el viento
de la madrugada.

Suspiró
y luego
volvió
a quedarse
dormida.

Eso dice.

IX. FIGURAS RETÓRICAS Y DE CONSTRUCCIÓN GRAMATICAL

Rulfo rechazaba el uso de la retórica, porque la consideraba muy ampulosa y falsa. Y el lenguaje que él trataba de encontrar era el de expresiones verbales de gente de campo. Un lenguaje simple y sencillo. Un lenguaje honesto. Un lenguaje brutal; es decir, honesto, directo, seco; sin adornos. Por eso, siempre prefirió el uso de sustantivos. No le gustaban los adjetivos y trató de evitar su uso.

Después de haber leído la novela de Pedro Páramo, sugerimos una pequeña prueba. Las respuestas se encuentran al final del libro.

1.Eufemismo. 2.Eufonía. 3.Etopeya. 4.Metábola. 5.Metalepsis. 6.Metonimia. 7.Metagoge. 8.Metacronismo. 9.Anáfora. 10.Hipérbole. 11.Cleuasmo. 12.Silepsis. 13.Símil. 14.Síncopa. 15.Sinécdoque. 16.Sinomiia. 17.Pleonasmo. 18.Polisíndeton. 19.Prosopografía. 20.Parónimo. 21.Parresia. 22.Idolopeya. 23.Onomatopeya. 24.Optación. 25.Proclítico. 26.Enclítico. 27.Sicalepsis. 28.Prolepsis. 29.Epímone. 30.Epifonema. 31.Epíteto. 32.Epítome. 33.Epanidiplosis. 34.Epéntesis. 35.Elipsis. 36.Metáfora. 37.Gradación. 38.Ironía. 39.Paradoja. 40.Anacronismo.

( ) la pura maldad. Eso es Pedro Páramo.

( ) Que me habían dado un corazón de madre, pero un seno de una cualquiera.

( ) Dizque “usufruto”. Vergüenza debía darle a su patrón ser tan ignorante.

( ) No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndole con las manos, antes de que se fuera.

( ) Traigo los ojos con que ella miró estas cosas porque me dio sus ojos para ver.

( ) y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza, triste, como fue entonces.

( ) Leer a Rulfo

( ) cuar, cuar, cuar.

( ) el gemir del viento

( ) Allá hallarás mi querencia. El lugar que yo quise. Donde los sueños me enflaquecieron. Mi pueblo levantado en la llanura.

( ) Los caños borbotaban, hacían espuma, cansados de trabajar durante el día, durante el día, durante la noche.

( ) Sé que dentro pocas horas vendrá Abundio con sus manos ensangrentadas a pedirme la ayuda que le negué.

( ) El sol se fue volteando sobre las cosas y les devolvió su forma.

( ) Un rencor vivo.

( ) Un rumor parejo; sin ton ni son.

( ) Acuérdese que, si no nos cumple, oirá a hablar de Perseverancio, que así es mi nombre.

( ) Nada. Nadie. Las calles tan solas como ahora.

( ) No se cuenta con él para nada, ni para que me sirva de bordón servirá para cuando yo esté viejo. Se me malogró, qué quiere usted,
Fulgor.

( ) El viento bajaba de las montañas en las mañanas de febrero. Y las nubes se quedaban allá arriba en espera de que el tiempo las hiciera bajar del valle; mientras tanto dejaban vació el cielo azul, dejaban que la luz cayera en el juego del viento haciendo círculos sobre la tierra, removiendo el polvo y batiendo las ramas de los naranjos.

( ) Pero me lleva la rejodida con ese hijo de la rechintola de su patrón.

( ) Las campanas dejaron de tocar; pero la fiesta siguió. No hubo modo de hacerlos comprender que se trataba de un duelo, de días de duelo. No hubo modo de hacer que se fueran, por el contrario, siguieron llegando más.

( ) El amanecer; la mañana; el mediodía y la noche. Siempre los mismos.

( ) Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire las últimas hojas.

( ) Necesitamos agenciarnos un rico pa que nos habilite.

( ) Ellos así se nonombran.

( ) Seca como la tierra más seca.

( ) Creo sentir todavía el golpe pausado de su respiración; las palpitaciones y suspiros con que ella arrullaba mi sueño…creo sentir la pena de su muerte.

( ) Díselos, Justina.

( ) El hombre y la mujer no estaban conmigo. Salieron por la puerta que daba al patio y cuando

regresaron ya era de noche. Así que ellos no supieron lo que había sucedido mientras andaban afuera.

( ) Maldijo a su madre, se maldijo a sí mismo y maldijo infinidad de veces la vida “que valía un puro carajo”.

( ) ¿Y las leyes? ¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros.

( ) Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el calor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo transparente suspendido del suyo. Mi cuerpo liviano sostenido y suelto a sus fuerzas.

( ) Hazte a la idea de que yo fui, Fulgor. La culpa de todo lo que él haga échamela a mí.

( ) No te irás de aquí maldita y condenada Justina. No te irás a ninguna parte porque nunca encontrarás quien te quiera como yo.

( ) ¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para Él. Que me lo cuidarás. Eso te pedí.

( ) Han matado a tu padre. ¿Y a ti quién te mató, madre?

( ) Su cara se transparentaba como si no tuviera sangre, y sus manos estaban marchitas; marchitas y apretadas de arrugas. No se le veían los ojos.

( ) ¿Dígame si Filomeno vive, si Dorotea, si Melquíades, si Prudencio el viejo, si Sóstenes y todos esos no viven?

( ) Le pareció oír rechinar la puerta, como cuando alguien entraba o salía.

( ) había cien cabezas en el corral.

X. JUAN RULFO Y EL ASESINATO

De los diecisiete cuentos que integran el libro El llano en llamas de Juan Rulfo, trece tratan de un asesinato. Cuatro no: Nos han dado la tierra, Es que somos muy pobres, Macario y Luvina. En el libro El Gallo de oro, de los doce relatos, tres se refieren a asesinatos.

En la mayoría el móvil principal es la venganza. A veces es por un pleito sin importancia, por un regaño en mal momento, y hasta por diversión. Y los celos.

Diversas son las armas que se usan para cometer los crímenes: el machete, la piedra, la aguja de arria, un verduguillo, culatazos de un rifle máuser, un tubo de fierro, un rifle “30-30”.

Hay signos de civilización en éstas armas, pues las manos catalogadas como armas solas han sido superadas. Pero ahora ya se mezclan e interactúan la mano y la piedra, los instrumentos más primitivos de la humanidad.

Son asesinatos realizados por gente trabajadora de pueblo, pobre.

Salvo en el cuento ¡Diles que no me maten! Es un fusilamiento de orden gubernamental, pero por causas primarias de venganza. Y en Talpa, el asesinato es cometido por provocar el cansancio a la víctima hasta reventarlo.

Las personas que cometen los asesinatos ni están alcoholizados, ni drogados, ni tampoco sufren de estados alterados. Gozan de completa salud y piensan racionalmente. A sangre fría los cometen.

En el cuento La Cuesta de las Comadres, el asesino puede experimentar lástima por la víctima por ver su mirada triste de moribundo, y se compadece. Tiene un aspecto humano:

"Por eso aproveché para sacarle la aguja de arria del ombligo y metérsela más arribita, allí donde pensé que tendría el corazón. Y sí, allí lo tenía, porque nomás dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto". Y le remata al difunto: "Mira Remigio, me has de dispensar, pero yo no maté a Odilón. Fueron los Alcaraces". (*Juan Rulfo, El llano en llamas, Edit. RM y Fundación Rulfo, México, 2017, p. 21).*

Es digno de mención que el asesino en el cuento El hombre, al momento de cometer el crimen de tres

personas, toda una familia, les pide disculpas a sus víctimas por hacerlo, y dispensas por hacerlo rápido ya que no disponía de mucho tiempo. En mi opinión, este asesinato es el más brutal, que te revuelve el estómago, no quisieras terminarlo de leer.

Y también el de El llano en llamas, donde Pedro Zamora, un bandolero, y sus secuaces, juegan "al toro". Por diversión, Pedro Zamora, asesina a ocho personas de una hacienda, así simple y llanamente: por diversión. El juego consiste en hacer una especie de corral con pedazos de madera. Los secuaces se distribuyen estratégicamente para evitar que salgan los toreros (es decir las víctimas) y el toro personificado por Pedro Zamora está armado con un verduguillo y los va a cazar hasta alcanzarlos y matarlos. De a uno por uno. Y después los cuelgan.

Todas las muertes suceden en poblados o en ranchos rurales. Ninguno en la ciudad. En otras palabras, son asesinatos rurales.

Al igual que en el personaje de Raskolnikof de Dostoyevski en Crimen y Castigo, Rulfo se mete en la mente de los asesinos. Va describiendo lo que piensan, cómo van actuar, qué situaciones se van a enfrentar, etc.

Por ejemplo, en El hombre, el asesino reflexiona: "No debí matarlos a todos –iba pensando el hombre-. No valía la pena echarme ese tercio tan pesado en mi

espalda. Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno" (op.cit., p. 34).

A Rulfo le obsesiona el asesinato. Tuvo una infancia traumática. Mataron a su padre cuando él tenía seis años. Recordemos lo que expresa en una entrevista: "No crea, yo no viví una infancia muy feliz. Viví una época muy violenta. Después de la Revolución quedaron muchas gavillas, bandas que entraban al pueblo a matar, a robar. Mi casa estaba habitada por una familia numerosa. De los seis a los doce años sólo vi muertos en mi casa. Asesinaron a mi padre, a los hermanos de mi padre, a los abuelos: era una casa enlutada. El ámbito era de agitación y violencia. Pero de niño no lo comprendí. Era…llamémosles tragedias". (*Ponce, A., Mi generación no me comprendió, Cien años de Juan Rulfo, Revista Proceso, México, 2017, pp. 14-15).*

Con el tema del asesinato, Rulfo remata su gran novela Pedro Páramo. Pero ahora hay una variante, el crimen es cometido por un asesino alcoholizado, o a la manera rulfiana, era una masa de carne viva sepultada en alcohol, de oficio arriero.

XI. LETANÍA DE LOS POLITICASTROS

La Muerte llegó a la sesión solemne del Congreso de la Unión.
-¿Por quién vienes?, dijo el presidente.
-Por todos.
Tuvieron quinientos años para erradicar el vicio atávico de la corrupción y no pudieron.
Los diputados y senadores, apoltronados cada uno en su curul, no se podían levantar de tanto dinero robado, sin miramientos la Muerte los puso en cuerda con todo y su silla pegada a sus asentaderas ampulosas.

Atajo de malvados, punta de holgazanes.
*Ruega por nosotros. *(1)*

Sarta de bribones, retahíla de vagos.
*Ruega por nosotros. *(2)*

Cáfila de bandidos.
*Ruega por nosotros. *(3)*

Balumba de zánganos, cohorte de pillastres.
Ruega por nosotros.

Matalotaje de sabandijas, rimero de rufianes.
Ruega por nosotros.

Carpanta de sinvergüenzas, fárrago de indeseables.
Ruega por nosotros.

Argamandijo de tunantes, dula de gaznápiros.
Ruega por nosotros.

Zurriburri de truchimanes, horda de facinerosos.
Ruega por nosotros.

Ringlero de bigardos, pandilla de untados.
Ruega por nosotros.

Porrada de escoria, broza de granujas.
Ruega por nosotros.

Hato de inmundos, sentina de haraganes.
Ruega por nosotros.

Cuerda de malechores, plétora de crapulosos.
Ruega por nosotros

Matracalada de malvivientes.
Ruega por nosotros.

Estirpe acriollada de gatupéricos.
Ruega por nosotros.

Dulce y bondadosa Virgen María, Madre de Dios, escucha nuestras plegarias.
¡No intercedas por ésta carroña pestilente!
Te lo pedimos Santísima Virgen.

Jesucristo crucificado, clamamos tu justicia divina.
¡Borra de la faz de la tierra a ésta escoria vil!
Te lo pedimos Señor.

Padre nuestro Celestial, concédenos tu gracia.
¡Sotérralos en el averno encadenados con fuego perpetuo!
Te lo pedimos Señor.

Amén.

(1), (2), (3). Juan Rulfo, *La fórmula secreta*, Revista Proceso 100 años de Juan Rulfo. 2017. México.

XII. RESPUESTAS

12, 39, 14, 10, 17, 16, 6, 23, 7, 22, 9, 8, 25, 31, 20, 5, 4, 3, 2, 1, 38, 37, 36, 35, 34, 33, 32, 26, 30, 29, 28, 27, 11, 21, 24, 40, 19, 18, 13, 15

XIII. EPITAFIO

Aquí yace
JUAN RULFO
(1917-1986)
el hacedor de ecos, murmullos y silencios.

XIV. GLOSARIO DE PEDRO PÁRAMO

abullonada: apetecible, boca con labios gruesos

achaparrado: que es grueso y de poca altura, rechoncho

achicado: reducir el tamaño

agregados: conjunto de cosas que se unen, tierras

aguamanil: jarra para echar agua en la palangana

ajuarear: v. tr. ajuarar: proveer una vivienda de muebles, enseres y ropa para su uso común
alzados: grupo de personas rebeldes que luchan con armas contra la autoridad gubernamental

andurriales: caminos dispersos que se toman de acuerdo a la situación, ir de un lado para otro

añejita: persona mayor, anciana

Apango: la localidad de Apango se localiza a 17 km del municipio de San Gabriel, en el estado de Jalisco

aprontado: prevenir, diligente, disponer con prontitud

arrayán: arbusto mirtáceo, de hojas compuestas y persistentes, flores axilares pequeñas, blancas, muy olorosas, y fruto en baya de color negro, de sabor ácido

asperjada: rociar, esparcir un líquido en pequeñas gotas

atrinchilé: resguardarse, protegerse

avenga: amoldarse, conformarse, resignarse a lo que se puede

bebederos: paraje a que acuden a beber los animales

bisbiseo: musitar, hablar en voz muy baja produciendo un murmullo

bozal: especie de cesta pequeña, generalmente de esparto que atada a la cabeza se les pone en la boca a los caballos y otros animales como a perros

breñas: término con que se identifica la maleza, la flora espontánea e improductiva, que dificulta la agricultura y especialmente el terreno poblado en ella

buche: vulgarmente referido al cuello

bulla: ruido confuso de gritos y voces producido por unas pocas personas

cafiaspirinas: una variedad de aspirina con cafeína

calabazas: rechazar a alguien cuando es pretendiente amoroso

calda: carrera precipitada y súbita, huida

canícula: periodo del año en que son más fuertes los calores; regularmente de junio a agosto.

canillas: huesos, osamenta

cáñamo: fibra textil de una planta

caporala: encargada del buen funcionamiento de una hacienda

carrancistas: movimiento conducido por Venustiano Carranza, revolucionario y presidente de México en 1917

chacha: nombre familiar dado a empleada doméstica, sirvienta

chamuscada: quemada

chapucero: embustero, que hace trampa, truhán

chicote: correa de piel para azuzar las bestias, látigo con mango y correa de cuero

chincual: despertar del deseo sexual cuando empieza la pubertad

chisporroteaba: emisión intensa de destellos de luz

cocuyos: insecto coleóptero de la América tropical, que de noche despide una luz bastante viva

cogollo: parte de la que brota toda la planta, el centro que va unido al tallo, es el corazón de la planta

Colima: el estado de Colima está localizado en la parte media de la costa sur del Océano Pacífico; limita al norte, este y oeste con el estado de Jalisco; al sureste con Michoacán y al sur con el Océano Pacífico. Fue fundada en 1525.

collón: pusilánime, cobarde

Comala: el municipio de Comala se localiza en la parte norte en el estado de Colima y se encuentra a una distancia de 6 kilómetros del municipio de Colima. El nombre proviene del náhuatl: comalli, que significa lugar donde se hacen comales. Fue dada en el sistema de encomienda al conquistador español Bernardo López mediante cédula real en 1527

conchabar: conseguir que una persona acceda a unirse a alguien para actuar contra un tercero, engañara a alguien o realizar una acción ilícita

Contla: la localidad de Villa de Contla está situado en el municipio de Tamazula de Gordiano, en el estado de Jalisco

correoso: que tiene mucha resistencia física, fuerte

covacha: cueva pequeña

coyunda: correa fuerte o soga con que se uncen los bueyes al yugo

cristeros: movimiento político-religioso armado de la Iglesia en contra del gobierno mexicano en 1926 - 1929

cuartillo: medida de 250 mililitros

cueros: en carnes, desnudo

culatazos: golpe fuerte dado con la parte posterior de un rifle

derrepentes: imprevisto, de súbito, inesperado

desbalagados: perdidos, extraviados

desconchinflado: inservible, atrofiado, sin posibilidad de usar

diezmos: aportación obligatoria de la décima parte de los ingresos obtenidos por los fieles a la Iglesia católica

diluviando: lluvia muy copiosa, abundante

diyitas: días

encampanarse: depositar confianza para lograr un acuerdo y convencimiento

enchinó: erizar la piel

engarruñadas: v. tr. engurruñar: encoger, arrugar

entreverar: mezclar, introducir una cosa entre otras

falsete: cantar en un tono de voz más agudo que el natural

farfullando: decir cosas con atropello y confusión

gabanes: penda de vestir, capote con mangas

galápago: estanque que se forman en los ríos, agua quieta

gañan: peón, mozo de labranza, el nivel más bajo en la estructura laboral

gatero: que busca contacto sexual con empleadas domésticas o sirvientas

gorgojo: insecto coleóptero que daña semillas, granos de vegetales

Guadalajara: el municipio de Guadalajara se localiza en el occidente de México, y es la capital del en el estado de Jalisco

hectolitros: medida de volumen equivalente a 100 litros; en el texto, convirtiendo a kilos, 50 hectolitros es igual a 50 kilos de maíz

hidrante: piedra con figura de cilindro donde se pone agua para que se filtre y caiga a un cántaro

hisopo: mango corto y cilíndrico que sirve en las Iglesias para rociar con agua bendita a los feligreses

horcón: madero vertical para sostener o amarrar

indina: descarada, traviesa, con cierta malicia

indio: de la raza de otomíes localizados en el estado de Jalisco

jaiz: clase o tipo de persona

jiote: erupción cutánea acompañada de escozor

jolgorio: fiesta bulliciosa, con mucho ruido

malquistarse: enemistarse, desavenir

malogró: frustrarse lo que se pretendía

mantecosos: despectivo para referir a personas adineradas

Mascota: el municipio de Mascota se encuentra ubicado al occidente del estado de Jalisco, a 190 kilómetros de la ciudad de Guadalajara

mercar: comprar, adquirir

mitote: tumulto, vocerío, alboroto de un grupo de personas

molcates: mazorcas pequeñas de maíz

molote: moño que se hacen las mujeres en el cabello, ovillo

móndrigos: sinvergüenzas, pillos

morros: partes posteriores del caballo

nixtenco: superficie de barro o ladrillo para cocer alimentos, rústico, de campo

noria: pozo profundo para extraer agua

ocote: especie de pino muy resinoso que se usa para hacer fuego

otate: carrizo, usado para techos y paredes rústicos

pajuelazo: golpe rápido dado a las mulas y bueyes con correa de cuero atada en una vara corta

pellejo: piel

pesebre: especie de cajón cuadrado o rectangular donde comen las bestias

pochote: especie de algodón blancuzco que rodea las semillas del fruto del pochote y que se utiliza como relleno de colchones y almohadas

rebullir: empezar a bullir o moverse lo que estaba quieto

rechintola: eufemismo para designar molestia, enfado

Requiescat in paz: Requiescat in pace: expresión latina que significa descanse en paz

revenidos: volver una cosa a su estado original, encogerse, consumirse poco a poco

rezongando: refunfuñar, gruñir, no obedecer una orden con agrado

rialada: reclutar personas aún sin su consentimiento, forzado

sacristía: lugar de las iglesias donde se revisten los sacerdotes y están otros ornamentos para la celebración del culto

saponarias: planta de flores grandes, olorosas, de color blanco rosado, agrupadas en panojas; su jugo se hace espuma y se emplea en la industria jabonera

sicuas: especie de correa de fibra natural usada para amarrar

tafeta: tafetán: tela delgada de seda

tercios: carga

tisis: tuberculosis pulmonar

topeteados: lleno, hasta el tope, casi se caen o salen

trabazón: juntura y enlace de dos o más cosas

trafagueado: actividad intensa que causa mucha fatiga y molestia

trajines: ajetreo, actividad intensa

trapo: suspender radicalmente actividades normales para dedicarse a otras con interés

trasijaderas: nalgas, asentaderas.

trastumbar: dejar caer o echar a rodar una cosa

trojes: granero, silo

turicatas: una clase de ácaros conocidos como garrapatas o coloraditos

Sayula: el municipio de Sayula se ubica en región sur del estado de Jalisco, a 97 km de la ciudad de Guadalajara y a 107 km de Colima

untado: adherido, con exceso de algo

usufruto: usufructo: derecho por el que una persona puede usar los bienes de otra y disfrutar de sus beneficios, con la obligación de conservarlos y cuidarlos como si fueran propios

vertederos: sitio o paraje de salida y nacimiento de agua

villistas: grupo adherido a Francisco Villa, líder revolucionario mexicano, que dominó la región norte del país en 1917

yerba de pará: hierba perenne y forrajera con cálamos y flores paniculadas.

zahorinos: adivinadores, persona que tiene el don de descubrir lo que está oculto, chamán

zangolotearon: mover violenta y continuamente sin concierto ni propósito

XV. BIBLIOGRAFÍA

Obras de Juan Rulfo:

— *Pedro Páramo*, Editorial RM – Fundación Juan Rulfo, México, 2017. Mucho del material del presente libro fue tomado de esta obra.

— *El llano en llamas*, Editorial RM – Fundación Juan Rulfo, México, 2017. Lectura en lo relacionado con los cuentos en donde ocurren asesinatos.

— *El gallo de oro*, Editorial RM – Fundación Juan Rulfo, México, 2017. Para el análisis de los cuentos que tratan de asesinatos.

Otros libros y revistas:

Brooks, Cleanth, *William Faulkner First Encounters*, Yale University Press, United Estates of America, 1983, pp.43-95. Muy importante para ver la influencia sobre Juan Rulfo.

Chumacero, Alí, El "*Pedro Páramo de Juan Rulfo*", Revista de la Universidad de México, México, 1955. Sobre el comentario de la estructura de Pedro Páramo.

Faulkner, William:

— *The sound and the fury*, Vintage Books, Random House, New York, United States of America, 1956.

— *As I lay dying*, Vintage Books, Random House, New York, United States of America, 1990.

Gazarían, Grigori Karlenovich y Contreras Mayemberg, Sorel Scarlet, *Juan Rulfo*, Col. Los Grandes Mexicanos, Grupo Editorial Tomo S.A. de C.V., México, 2004.

Guzmán Mora, José de Jesús, *Personajes que han forjado la historia de San Gabriel*, Tomo II, H. Ayuntamiento Constitucional de San Gabriel, Jalisco, Administración 2015-2018, México, 2017, pp.183-191

Hegel, G.W.F., *Introducción a la historia de la filosofía*, Editorial Gradisfco, Buenos Aires, Argentina, 2012, pp-43-186. Análisis histórico de la filosofía y su relación con la religión.

Kierkegaard, Sören, *El amor y la religión*, Grupo Editorial Tomo S.A. de C.V., México, 2013. De

especial análisis para el trato de la jovialidad y comicidad del héroe religioso.

Lancelotti, Mario, *De Poe a Kafka para una teoría del cuento*, Eudeba Editorial Universitaria, Buenos Aires, Argentina, 1965. Interesante en el análisis comparativo del cuento y la novela.

Paz, Octavio, El *laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2014. El concepto de la muerte en la filosofía del mexicano.

Revista Proceso, *Cien años de Juan Rulfo,* Año 40, Edición Conmemorativa, México, 2017.

Revista Siempre! La cultura en México, número 1051, pp. VI-VII, entrevista a *Juan Rulfo*. México, 1973.

Zepeda, Jorge, *La Recepción inicial de Pedro Páramo (1955-1963)*, Editorial RM - Fundación Juan Rulfo, México, 2005. Interesante y muy importante para conocer los comentarios favorables y negativos de la novela.